

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

ó

LOS AMORES DE PARIS.



13 cmj, R. 43.523
EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

ó

LOS AMORES DE PARIS;

novela escrita en francés

POR

PAUL REVAL,

y traducida al castellano

POR

D. A. C. G.

TOMO I.

SEVILLA: 1851.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.



EL TITULO DE LOS MANUSCRITOS

LOS AMORES DE PARIS:

en tres tomos

por

EL A. B. C.

el traductor de los manuscritos

por

M. A. B. C.

TOMO I.

SEVILLA: 1831.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela num. 7.

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

EL CARNAVAL.

PROLOGO.

I.

Las máscaras.

Era el último día del célebre Carnaval de 1826, del que aun se acuerdan hoy todos los *sivaritas* de París. Daban las cinco de la tarde y acababa de anochecer. El jardín del *Palais-Royal* presentaba un aspecto encantador. Aquel ruido sordo y prolongado, aquel movi-

miento febril, y aquella mezcla indefinida de luz y sombras producian un efecto tan caprichoso y sorprendente como imposible de describir.

Todos los pisos de las galerías, ocupadas casi exclusivamente por salas de juego, cafés, fondas y por esos lujosos asilos, cuyo nombre no es lícito escribir, aparecian perfectamente iluminados. A pesar del frio, casi todas las ventanas estaban abiertas y coronadas de curiosos cuyas miradas recorrian aquel brillante paralelógramo, sin un punto vacío, y que parecia un gigantesco salón de baile.

Aquella noche de locura se inauguraba dignamente: hasta el viento estaba impregnado de alegría. Por todas partes aparecian semblantes risueños... Nada habia que hiciese sombra á la fiesta: hasta las rejillas mas miserables enviaban su parte de rumor y de luz á aquel inmenso foco de alegría, de resplandores y de estruendo.

Un solo lunar se hubiera podido notar en toda la longitud de la fachada *Valois*, iluminada completamente. Era una pequeña ventana del cuarto piso, cuyas celosías cerradas solo dejaban ver un resplandor casi imperceptible.

Era la ventana de un estrecho y largo aposento, pobremente amueblado, donde un hom-

bre, pálido por el sufrimiento, yacia agonizando sobre un lecho miserable. Cerca de la cama tres bellas niñas, de las cuales la mayor apenas contaba seis años, oraban de rodillas y con las manos juntas.—A la cabecera, una mujer joven todavía dirijia al enfermo miradas de ternura y desesperacion. Detrás de ella estaba un hermoso muchacho de quince años, de frente melancólica y mirada sombría y altanera; y mas atrás un aldeano, como de cuarenta años de edad, alto y vigoroso como un Hércules, ocultaba entre las manos su semblante lleno de sencillez y de bondad. En medio del aposento, y sentada en un sillón de paja, delante de la chimenea casi apagada, una pobre anciana leía con voz lenta y cascada los versículos de una oracion latina.

A escepcion de esta vieja, que, inmóvil y derecha, parecia la personificacion de la insensibilidad, todo tenia en aquella pobre mansion un aspecto de angustia infinita, de horrible desconsuelo.—De tiempo en tiempo un clamoreo de alegría se elevaba desde el jardín, y apagaba la monótona plegaria de la vieja: era un contraste desgarrador entre la loca embriaguez de afuera y aquella desesperacion profunda, silenciosa y devorada entre las lágrimas. La oracion se iba ahogando en los labios descoloridos de las niñas; el enfermo

aletargado se agitaba entre las convulsiones de la fiebre; el jóven fijaba con furor sus ojos en la ventana, como si quisiera sofocar aquel concierto extravagante de gritos, de canciones y carcajadas que insultaba aquella escena de dolor general.

Si el rumor cesaba un instante, era para renacer en breve mas estrepitoso y rudo, como un sarcasmo cruel arrojado sobre aquella dolorosa y horrible agonía....

Habia llegado la hora. Las fondas se abrian y la ruleta estaba desierta. Un tropel de mugeres, las unas disfrazadas, y las otras elegantemente vestidas de baile, comenzaban á invadir el jardin y las galerías.—A la parte de afuera resonaban en todas direcciones los sonoros ecos de las músicas, y cada avenida del palacio daba incesantemente entrada á multitud de comparsas, cuyos carruages de seis caballos, escoltados de picadores, de músicos y de escuderos, paraban junto á las gradas de la calle *Vivienne*, por cima de la plaza del *Palais-Royal* y por bajo del *Teatro Francés*: en la calle de *Montesquieu*, y en fin, en todos los sitios que daban paso á aquel inmenso circo del placer.

Entre la muchedumbre que cruzaba en todas direcciones, cambiando palabras que se confundian entre el rumor general, escogere-

mos tres personajes, separándoles un momento de entre la batahola de aquella fiesta, que atravesaban ellos sin tomar parte al parecer en los placeres de los demas.

El primero era un hombre de mediana estatura, y de traza conocidamente estrangera. Podria contar como hasta cincuenta años, á juzgar por su rostro, en que se retrataba la sencillez y la franqueza del hombre discreto: mas todos estos rasgos desaparecian entonces bajo una espresion de asombro que se manifestaba en su semblante, aun á despecho del flemático aplomo que le era habitual. Llevaba botas vueltas sobre un pantalon *colam*; su levita negra de cuello alto, cruzaba sobre un chaleco abotonado hasta la mitad, y su capa plegada descansaba sobre el brazo izquierdo.

No tenemos necesidad de hacer observar que el Palais-Royal, vasto parador donde se encuentran viajeros de todos paises, ofrecia una discreta hospitalidad á los estrangeros que pasaban alli desapercibidos, y sin ser jamás objeto de una impertinente curiosidad.

Un ruso ó un persa causaban alli tan poca estrañeza como un inglés de nueve arrobas desembarcando en Boloña.

Nuestro estrangero iba y venia por la galería de piedra, mirando atentamente los tesoros de hermosura que desplegaban á su

vista esas cortesanas sin rival, de las que los ingleses y americanos conservan siempre un recuerdo indeleble. Era sin duda un hombre de costumbres rígidas y puras, arrojado en medio de aquellos goces equívocos que le rodeaban por todas partes. Era también un hombre virgen, incapaz de buscar el lado repugnante de aquellos lances de fortuna, y que no contaba con mas escudos que su pudor.

Pero esto no hubiera bastado: porque el pudor lucha, al paso que la repugnancia y el hastío huyen el combate.

Nuestro segundo personage parecia tener cinco ó seis años menos que el anterior: era alto y fornido, y solo se distinguia de su traje la punta del calzado manchada de lodo, cosa rara en el *Palais-Royal* de 1826, cuyas entradas se veian flanqueadas por un sin fin de tiendas de limpiabotas. Lo demas de su traje desaparecia bajo una ancha capa sin forros ni esclavina, y cuyo embozo echado sobre el hombro izquierdo cubria la parte inferior de su rostro. Pero lo que se dejaba ver causaba respeto y agrado, á pesar de su gran nariz y lo exagerado de su ceño. Del fondo de una órbita profunda salia una mirada fria, pero brillante é imperiosa; una de esas miradas que penetran mandando; era el reflejo de un alma fuerte, inflexible y ambiciosa. Un som-

brero de ancha copa y alas caidas ocultaba su frente casi del todo.

Este hombre, á pesar de su apariencia de gravedad altiva, se paseaba á lo largo de las galerías entretenido de un modo bien estraño. Acercábase, pues, á los paseantes no disfrazados, dirigiéndoles señas misteriosas, como si quisiera trabar conversacion; y dejándoles á la espalda con paso rápido, volvíase despues bruscamente y les miraba bajo la nariz murmurando entre dientes una palabra...

Aquellos á quienes él se dirigia de este modo, reian ó se enojaban segun el humor de cada uno. A los unos y á los otros les volvia la espalda, y se confundian despues entre los grupos barbotando confusas palabras de cólera.

Al ver á aquel hombre enfurecerse de este modo, se le hubiera tomado por un insensato, ó por uno de esos mercaderes que venden géneros prohibidos bajo su capa; pero cualquiera que hubiese observado el brillo penetrante y friode su mirada se habria guardado bien de imaginar ni lo uno ni lo otro.....

De vez en cuando parecia que flaqueaba su valor desaminándose á la vista de aquellas olas humanas que se agitaban en derredor de él, y entonces sus ojos giraban errantes y sin direccion fija en torno de la muchedumbre.

Apoyábase en una columna, y como lleno de fatiga, parecia querer renunciar á su inespliable y misteriosa tarea.—Entonces su rostro se tornaba sombrío y feroz.—En uno de estos momentos de indecision dejó caer su capa sobre el suelo, y desdobló una carta arrugada que tenia en la mano.

—Una hora antes, murmuró acercándose á un reberbero, hubiera podido espiar la llegada de las diligencias; pero ahora!...

Y encogiendo los hombros con muestra de furor, añadió rechinando los dientes:

—¡Es buscar una aguja en un pajar!...

En verdad que si buscaba á un hombre entre aquella muchedumbre estravagante y sin cesar renovada, aquella espresion vulgar no era todavia demasiado enérgica para esplicar su improbo trabajo.

Llevó á sus ojos la carta y la leyó toda.

—Sin duda... sin duda, murmuró;—pero era necesario que yo me previniese á tiempo, señor Josepin!... Yo sé tambien como vos el golpe que puede darme la llegada de ese hombre... Vuestros consejos no son mas que lugares comunes: poco en verdad tengo que agradeceros... Vive Dios! añadió de improviso desgarrando la carta.—¡*Buscadle...!* el necio del doctor me lo pinta muy fácil... Pero dónde encontrarle?

Se lanzó de nuevo á lo largo de las galerías, deshaciendo grupos y registrando fisonomías,—sin cuidarse nada de las maldiciones que recibia á su paso. Caminaba en aquel momento con todo el ardor y la decision de un último esfuerzo.

Mientras él activaba de este modo sus pesquisas, nuestro tercer personaje le seguia paso á paso como su sombra. Era este un jóven, casi un niño, cuyo rostro hechicero de facciones altaneras y delicadas, tenia en aquel momento cierta espresion de maligna curiosidad. Habia en los movimientos del bello adolescente cierto aire de travesura picaresca: era pequeño de talla, pero tan elegante y bien cortado, que el cinturon de los mas hermosos concurrentes apenas hubiera podido abarcar su cuerpo delicado, que se dibujaba bajo una *polonesa* con alamares perfectamente ajustada. Un largo pantalon caia sobre sus botas charoladas, y una gorra de terciopelo sujetaba los rizos de su negra y lustrosa cabellera.

En aquel tiempo en que el traje masculino era tan de moda entre las mugeres en casi todas las clases de la sociedad, que el Prefecto de Policía espidió (segun refieren) en Paris, mas de diez mil licencias para ese uso, solo en 1824; nuestro mancebo habria pasado sin dificultad por una señorita disfrazada, á no

ser por el lijero bozo que comenzaba á sombrear su labio superior. Pero aquella línea negra, y apenas perceptible todavía, daba á su rostro una espresion de audacia que compensaba la dulzura femenil de su bellos ojos.

Entre tanto, el embozado seguia en su curiosa tarea de observar á cuantos pasaban á su lado, sin parar mientes en la curiosidad de que él mismo era objeto. Creyéndose acaso bien oculto entre la inmensa muchedumbre, se paseaba sin cuidado, y acercándose siempre á todos aquellos que tenian facha de extranjeros ó una fisonomía estravagante, murmuraba al pasar aquella palabra misteriosa que él esperaba, al parecer, que obrase un milagro.

Pero el milagro no se verificaba, y nuestro hombre se iba cansando.—El jovencito, cuyas facciones destellaban inteligencia y curiosidad, miraba á todas partes anhelando escuchar aquella palabra enigmática.

Habia dejado el embozado las galerías de piedra y pasaba ya por delante del café de la Rotonda, cuando la casualidad le colocó faz á faz con el extranjero de quien hemos hecho tan minucioso retrato. Volvióse para ceder el paso cortesmente, pero el de la capa, despues de contemplarle un segundo, le dijo al oido esta sola palabra:

—Western...

El extranjero volvióse de improviso.

El de la capa hizo un movimiento de gozo y se deslizó detrás de un grupo de máscaras apresurándose á tomarlas la vuelta, por no perder de vista su buen hallazgo. Llegóse por fin al extranjero, que fijo todavía en el mismo sitio dirigia á su alrededor una mirada de asombro.

—Este debe ser! murmuró el de la capa.

—Lo apostaría! respondió á su lado unavoz dulce y ligeramente burlona.

Estremecióse el de la capa, y procurando embozar su rostro, dirigió una mirada oblicua á su interlocuter.

Era el jovencito de la gorra de terciopelo, que descubriéndose é inclinando la cabeza, dijo.

—A fé mia, señor duque, que este patan nos ha hecho correr á entrambos perfectamente.

El hombre de la capa se enderezó entonces y miró al mancebo con severidad, y como queriendo alejarle con su gesto.

Habia tomado una actitud de atleta, dando á sus movimientos toda la dureza posible, á fin de desembarazarse con un solo golpe de aquella importuna aventura; pero el mancebo soportó aquel choque sin vacilar, y perma-

neció sonriendo en el mismo sitio.

Miró de nuevo el duque á aquella fragil criatura de formas redondas y flexibles, como queriendo encontrar la misteriosa relacion que habia entre aquella energia de hombre y aquellas facciones de niño.

—Estoy acosado, dijo en fin el duque;—qué quereis?

—Hacer conocimiento con vos y ofreceros mis servicios... Pero os ruego que no nos ocupemos mas de este buen hombre...es nuestro completamente.

—Cómo... nuestro!

—Sí, señor duque... vuestro y mio... Por mi honor os juro que me habeis tenido en el mayor cuidado durante media hora... os seguia...

—Y por qué me seguiais? interrumpió el duque frunciendo las cejas.

—Os seguia, continuó el jóven friamente, —y me preguntaba á mí mismo á dónde ibais á parar... A fé mia, señor duque, vuestros resortes son tan sencillos como sublimes!... Tendria gusto en secundar á un hombre como vos...

El hombre de la capa, en cuyo semblante se habia manifestado desde luego la impaciencia, y despues una cólera amenazadora, pareció de repente dominado por otros sen-

timientos. Hizo sonar el oro de sus bolsillos y tomó un aire de señor.

—Al hecho, dijo: tal vez me sea necesario un pícaro... para qué sirves tú?

—Para todo... Mas no gusto de que se me tutée sin mi licencia... Mi padre, importa que lo sepais, era un bohemio de Escocia y mi madre una gitana española: ya veis que soy hidalgo por todos cuatro costados... conque así un poco de respeto, si lo teneis á bien, señor duque! Pero entretanto ¿medireis lo que pretendéis de este bodoque de botas sucias?

El duque en vez de responder se puso á reflexionar: se hallaba en un momento de perplejidad.

—No! murmuró por fin, sacudiendo la cabeza.

—No...! repitió el mancebo, que parecia haber adivinado con maravillosa precision cada una de las ideas de su interlocutor.— ¿Y por qué no...? Desconfiais... Miserias, señor duque...! Ya ha habido negocios antes de ahora entre nosotros...

—Cómo!

—Negocios delicados!... Y aunque vos seais inconstante y antojadizo como un mosquetero, sois tambien celoso como un turco, señor duque... y mi señora la duquesa

es la rubia mas hermosa del arrabal de *Saint-Honoré*...

—Qué quieres decir...? pronunció en voz baja y palideciendo, el hombre de la capa, cuyos ojos lanzaban chispas en aquel momento.

—Nada! repuso el jóven con la mayor calma;—mas vuestro secretario Mr. Burot se servia de mí como de un lente, para cumplir sin molestarse las honrosas funciones de su cargo... Yo espiaba á mi señora la duquesa y...

—Y qué observaste? replicó el duque con precipitacion.

—No me acuerdo de nada, contestó el lindo mancebo, en cuyos rosados labios apareció una sonrisa imperceptible.

El hombre de la capa habia tomado las dos manos del jóven, que, dejándole obrar, continuó con la mayor tranquilidad:

—Ya veis que aun podemos entendernos... Con que, por la última vez, qué negocios hay entre este patan y vos?

El duque se inclinó hasta su oido y le dijo con trémula voz:

— Mi muger!... qué sabes de mi muger?

—Frioleras... solo frioleras!

—Responde! interrumpió el duque con violencia, en tanto que sus manos apretaban co-

me dos tornillos las muñecas delicadas del jóven, casi hasta el punto de deshacérselas.

Pero este, lejos de manifestar el menor signo de dolor, comenzó á reirse á carcajadas.

—Oh! oh! exclamó, —la señora duquesa!... Os olvidais por ella de este papanatas?

—Responde, responde! volvió á decir el duque con el semblante enrojecido.

El jóven arrugó ligeramente las cejas.

—Mirad que empieza á dolerme! murmuró.

En el mismo instante contrajo los músculos del brazo, retorciendo sus muñecas, que se deslizaron como dos barras de acero de entre los puños de su adversario medio aturcido. Este no trató de renovar aquella lucha. Despues de algunos momentos empleados en contemplar al jóven, que derecho y tranquilo le miraba frente á frente, sacudió la cabeza, como para alejar una idea importuna, y dirigió sus ojos inquietos en derredor.

—Sé dónde está, dijo el jóven, respondiendo á su gesto: —vedle ahí.

Y estendiendo la mano señaló al estrangero que continuaba paseándose.

El de la capa, al parecer, habia tomado de pronto una determinacion.

—Sigámosle, repuso: —marchad vos delante.

Obedeció el jóven al punto sin manifestar la menor desconfianza, y como si hubiese olvidado la reciente violencia de que habia sido objeto, y á la que habia dado tan cumplida contestacion.

El estrangero pasaba entonces por delante de la Rotonda.

En aquel momento, partió de las graderías una música estrepitosa, iluminada á su paso por la claridad de diez antorchas que la acompañaban. Era un carruage de máscaras, que acababa de pasar junto á la calle *Vivienne*;—un carruage cubierto de flores, empaquesado, lleno de cintas y tirado por seis caballos blancos, en cuyas cabezas ondeaban gigantescos penachos. A las portezuelas caracoleaban trompeteros á caballo. Iban máscaras en el pescante, en la zaga, en los estribos, en el imperial y en todas partes.

Durante algunos segundos sonaron las trompetas, y los hachones se agitaron al viento, lanzando á lo lejos sus resplandores.

Un tropel de curiosos se habia arrojado hácia aquella parte del jardin. El estrangero se colocó en frente de la calle para ver mejor.

Hubo un momento de silencio: despues sonaron gritos frenéticos mezclados con canciones burlescas. Viéronse por todas partes ore-

peles, flores, cintas, colchas, ojos turbios, caras enrojecidas... Y la multitud se abrió empujada por una corriente irresistible.

Una comparsa de diez máscaras se precipitó al jardín elevando un *hurrá* formidable. —Eran cinco hombres y cinco mujeres. Los demás de la compañía habían tomado por asalto las cocinas de *los tres Hermanos Provenzales*.

Los cinco hombres iban notablemente desfigurados. Eran un *pavo*, un *oso*, un *melon* con hojas, un *buho* que llevaba sobre sus plumas el tristísimo traje de los entierros, y un *marinero* cuya careta figuraba la cabeza de una *tenca*.

Este, que marchaba el primero, era un joven alto, y chupado, aunque robusto al parecer.

—A un lado, costal, dijo empujando rudamente al extranjero que se encontraba al paso.

Este nombre era entonces una terrible injuria.

Colocó el extranjero en el suelo su sombrero, doblando encima su capa con el mayor cuidado. Hecho esto, abotonó de arriba abajo su levita de viaje, y sin decir una palabra, descargó una puñada sobre la barba del marinero de la cabeza de *tenca*.

—El inglés quiere andar al *trompis*; gritó el oso;—en guardia, Josepin!

—Mata á ese maldito inglés, Josepin! repuso melancólicamente el buho.

—Josepin, haz pedazos al *goddam* continuó el pavo.

Las cinco mujeres, *pastoras*, *marquesas* ó *rabaneras*, apoyadas por el *melon*, lanzaron á coro un grito de guerra.

Josepin, atrevido como un máscara borracho, levantó con brio su brazo; mas perdiendo el equilibrio dió una media vuelta en el corro, y fué á caer rodando sobre el suelo.

Una aclamacion universal hizo estremecer los vidrios del *Palais-Royal*.

El oso, el buho, el melon y todos los demas se asieron de las manos y comenzaron á bailar alrededor de Josepin, que aun yacia en tierra.

Por lo que hace al estrangero, tomó su sombrero con la mayor sangre fria, colocó su capa sobre el brazo y continuó su silencioso paseo.

El bello jóven y el otro á quien él llamaba señor duque, habian estado hablando en voz baja durante esta escena, y con muestras de comprenderse perfectamente. Despues de algunos minutos de conversacion el jóven recibió del otro un bolsillo y se alejó diciendo:

—Me encargo de ello... Hasta muy pronto! Pero antes de perderse entre la confusion, volvióse otra vez, y añadió señalando al extranjero:

—Tened cuenta con él!...

El hombre de la capa, ó sea el señor duque, sonrió con inquietud, siguiendo con la vista al mancebo, que con gracia y soltura se alejaba chocando con la muchedumbre.

—Qué va á hacer? pensó.—Cómo esperar?... Pero mañana aun será tiempo de apelar á grandes recursos... Mi fortuna, mi honor, mi vida... todo depende de esto.

Las diez máscaras, sosteniendo al pobre Josepin, todavía molido desu caída, acababan de entrar en los *Tres Hermanos Provenzales*, donde les aguardaba ya la clásica cerveza.

El extranjero, al parecer ya olvidado de su hazaña, dedicaba toda su atencion á las peripicias, sin cesar renovadas, del extravagante espectáculo que le rodeaba, y que ofrecia á sus ojos nuevas y diferentes fases á cada momento.

Aquel ruido, aquel movimiento desordenado le desvanecian: aquellos resplandores brillantes le deslumbraban. Su alma fria y grave se iba animando poco á poco al contacto de aquellos goces desconocidos para ella.

Pasaba nuestra historia hace diez y ocho

años. No debe buscarse la exactitud de nuestras descripciones en ese helado cementerio que lleva todavía el nombre de *Palais-Royal*.—Ahora todo está muerto allí.

Todo entonces estaba lleno de animación. El vicio era un exceso de juventud, una superabundancia de vida que hacía infinita la orgía y el desorden.

Porque el *Palais-Royal* era todavía entonces el palenque formidable adonde iban á justar desde las cinco partes del mundo todos los paladines aventureros del placer. Allí, á la faz del cielo trastornaba la impura academia de esas *sirenas sabidoras* que tenían escuela de vicios y hacían alarde de su impudor. Las hubiérais podido ver en todas direcciones por el jardín, que era su campo de batalla, poner á la espectación, á la luz de los reberberos, el tesoro de sus pechos descubiertos. Eran hermosas; y por eso iban todas las noches, risueñas y orgullosas de sus adornos regios, á convidar á la multitud á sus torpes misterios.

Aquellas galerías, aquellos paseos, estaban impregnados de un perfume de voluptuosidad y de encanto. Era una arena cubierta de flores, y destinada á los combates de amor; un haren abierto á todo el mundo; el templo infame, pero magnífico y espléndido, donde

quemaban su incienso los devotos de Venus...

Y no por ser dueña y señora, la lujuria excluía de allí á los otros pecados capitales, sus hermanos. Cada uno de ellos tenía en algún rincón su altar, ó mas bien sus altares privilegiados, porque el vicio dorado no ocupaba por sí solo toda la plaza. Allí estaba también el vicio innoble, fangoso y repugnante; y en las guaridas oscuras de los vecinos callejones, á veces bajo la capa del vicio se ocultaba el crimen...

Pero ¿á qué hablamos de fango en medio de tantas sonrisas, de tantas perlas, de tantas flores? A qué hablamos de sangre entre las alegres carcajadas de una fiesta?—Nuestro extranjero no estaba de seguro poseído de tan siniestros pensamientos. Todo era para él objeto de diversion: la enorme afluencia de los curiosos, la diferencia de los trages, y la hermosura de las mugeres, que él miraba no sin algún remordimiento de su concienciencia puritana, y cuyas ojeadas provocativas comenzaba á soportar sin ruborizarse...

Ya era la hora de comer y sintiéndose con hambre, entró en casa de *Véfour*. El hombre de la capa entró detras, y se sentó á una mesa desde donde podia observar todos sus movimientos, sin ser visto.

El extranjero pidió algunos manjares sencillos, con un acento notablemente extraño. Luego que el sirviente hubo recibido sus órdenes, el hombre de la capa le llamó y le dijo algunas palabras en voz baja.

—Pero él, replicó el mozo, no ha pedido nada de eso!

—La lista, dijo el duque.

El mozo se inclinó y volvió al punto con una botella de *champagne* que colocó sobre la mesa del extranjero.

Este pensó juiciosamente que aquella sería la bebida del país y la encontró excelente: así es que la botella quedó vacía.—El de la capa hizo seña al mozo para que le sirviese otra botella.

Esta sirvió para hacer compañía á las trufas pedidas por el misterioso amfitrión, que veía comer á su huésped con evidentes señales de complacencia...

Cuando el extranjero se levantó de la mesa, estaba encarnado como un tomate, y dejaba ver en sus labios una sonrisa estúpida.—El duque se levantó al mismo tiempo que él.

Era la hora en que las fondas se despejan, lanzando á los jardines á los glotones ya repletos. El movimiento se aumentó de repente: la alegría comenzó á espresarse por transportes de locura. Una risa loca, general, inestín-

guible circulaba por entre los grupos agitados. Canciones picarescas y licenciosas se mezclaban con equívocos de buen tono.—Y esta locura inmensa oscilaba en todas partes, como tropezando con los traspieses de aquel sin número de borrachos.—Y todos se confundían, se abrazaban ó golpeaban.—Y algún famoso truan, llevado en triunfo por entusiasmas galopines, dominaba la multitud vomitando con lengua estrapajosa coplas tabernarias ó cuentos obscenos.

Esta alegría desvergonzada y eléctrica se aumentaba de un modo incontrastable. El extranjero, entusiasmado por el *champagne*, también había tomado parte en la locura general. Y dejábase, en fin, llevar de aquel placer desconocido que se enseñoreaba como por asalto de su flemática naturaleza, cuando de improviso un poderoso recuerdo pasó, al parecer, por su imaginación.

Sacó su reloj precipitadamente: la sonrisa se apagó en sus labios, y su mirada se tornó fría y severa.

—Me aguardan!... murmuró.

El hombre de la capa no había perdido este movimiento. Por la primera vez mostró inquietud, pensando que el bello jóven se había llevado su bolsillo, y tal vez no cumpliría lo pactado entre los dos. Esta idea adquirió so-

bre él mas imperio, al ver al estrangero atravesar el jardin, y encaminarse hácia la salida de las gradas que conducen á la calle *Vienne*.

Una vez fuera de alli el estrangero, el *encuentro* no tenia lugar, y no habia otro medio que seguirle para saber su habitacion.

El duque miraba á derecha é izquierda: por ningun lado distinguió al jóven.

Esto duró algunos minutos, porque un sin número de obstáculos embarazaban en su marcha al estrangero. Pasó sin embargo el café de la Rotonda, y volviendo los ojos hácia aquella multitud de borrachos, paróse erguido en la graderia.

El duque hizo un gesto de violento despecho.

—He querido pedir peras al olmo! dijo,

Pero cuando iba á poner á su vez el pié sobre las gradas, una mano ligera se colocó sobre sus hombros.

Volvióse, pues, y quedó mudo é inmóvil de asombro.

La mano que acababa de tocarle, cubierta con guante nuevo, era la de una muger admirablemente hermosa y vestida con esquisito gusto.

El duque no tuvo tiempo de dirigirla la palabra.

Ella continuó su camino con paso rápido, dirigiéndole una mirada y una sonrisa.

A su paso, y un poco mas allá de la cueva del Salvaje, unióse al extranjero y deslizó dulcemente su brazo por entre el suyo...

El duque se quedó con la boca abierta y siguiendo á aquella muger con una mirada de asombro.

Era una hermosa criatura, alta, de talle flexible y delicado. Habia en sus movimientos cierto aire de castidad activa que resaltaba aun en medio de su gracioso abandono.—En el jardin, en las galerias, en todas partes veianse encantadoras mugeres adornadas como para un baile, y tan escotadas como una doncella de provincia al ir á leer versos de *oficio* á un Principe que viaja. A la luz de los reverberos, y en medio de las sombras, se veian miradas de fuego, sonrisas exigentes, joyas, rizadas cabelleras y pechos palpitantes bajo la seda...

Pero entre tantas hermosuras, la que acababa de llegar descollaba sobre todas como una reina en medio de sus damas. Era un diamante en el centro de un aderezo, que oscurece con su brillo el de las otras piedras.

Sin duda era una cortesana... su tragelo indicaba... y, á la verdad, que en aquel sitio,

bajo el mismo peristilo del *vastotemplo*, solo una *sacerdotisa* tenia derecho para ostentar impunemente tantos encantos.—Pero, si era una cortesana, debia serlo á la manera de *Láís* ó de *Ninon*, hermosas libertinas, que convertian su afrenta en gloriosa aureola, ocultando su impúdico lecho bajo un velo de flores y poesia.

Llevaba un vestido de seda tornasolada, ceñido con un cinturon de terciopelo. Contra lo ordinario en aquel lugar, ocultaba bajo un encaje los puros contornos de su pecho. Sus cabellos de un negro azabachado, se partian en su frente, cayendo sobre sus hombros en bucles largos y flotantes, en vez de formar pequeños rizos al rededor de las sienas, como era moda entonces. En medio de la frente un broche de diamantes aseguraba dos hilos de perlas tirados al descuido sobre su negra y lustrosa cabellera. Y este cuadro armonioso encerraba el óvalo de un rostro virginal, de expresion atrevida, y sonrisa grave, llena de misterio y amor.

Sin embargo, aquella sonrisa no se prodigaba: aparecia solamente algunas veces entreabriendo la línea severa de aquella boca purisima que se hubiera creido arrancada de alguna obra maestra de la estatuaria antigua, á no ser por la sombra imperceptible de un

fino bozo negro que oscurecía insensiblemente su labio superior. Este bozo, y sobre todo el arco negro de sus cejas, resaltando fuertemente sobre la blancura mate de su frente, daban al conjunto de sus facciones, apesar de su esquisita perfeccion, un aspecto de audacia casi varonil.

Pero en su mirada se revelaba la mujer.

La muger?... En aquella mirada se descubria completamente á la hija de Eva, con sus irresistibles atractivos y sus incomprensibles flaquezas.

Era una centella pálida que brotaba de unas pupilas azules, al través de largas pestañas de seda.

Era tambien un rayo brillante: un dardo agudo y silencioso: una soberbia llama, oculta bajo unas cejas, fruncidas por una voluntad implacable.

Cuánto amor y altivez reunidos!... cuánto poder y humildad!

Detrás de aquellos grandes ojos azules se ocultaba un alma, cuyos misterios, solo Dios hubiera podido penetrar en aquel momento. Porque ¿quién habria sido capaz de comprender el misterioso language de aquellas pupilas, que ora reflejaban la ternura de un niño; ora la lánguida dulzura y los transportes de la muger que ama; despues la osadia varonil, y

¡uego aquel tropel de indefinibles sentimientos, de deseos temerarios, de pensamientos confusos, amenazantes y terribles!

Aquellos ojos eran un libro cerrado, y cuyos caractéres se negaban á toda comprension. Aquellos ojos atraian hácia sí, aquellos ojos fascinaban, y en vano se esforzaria la inteligencia en describir la impresion de incertidumbre y de espanto, que dejaba en el alma el suave centelleo de sus pupilas.....

Al sentir un brazo deslizarse por entre el suyo, el extranjero habia retrocedido maquinalmente. A vista de aquella muger que se hacia su pareja de un modo tan inesperado, redobló evidentemente su mal humor: quiso alejarse, pero una dulce presion le detuvo.

—Os conozco, dijo la hermosa jóven con una voz dulce y suplicante;—soy del mismo pais que vos, y necesito un apoyo.

El extranjero permaneció impassible.

La jóven repitió sus palabras en inglés.

El inglés bajó los ojos: sus facciones sencillas y francas manifestaron grande perplejidad.

—Sabeis vos mi nombre? dijo por fin, tambien en inglés.

—Sí; sé vuestro nombre! replicó la jóven con un acento marcado de sinceridad;—quién ignora en Boston el nombre de Mr. Jaime Western?

El inglés abrió los ojos y se puso encarnado. Se hubiera creído que sentía un placer involuntario al escuchar su nombre de aquella boca tan hechicera.

—Y vos? preguntó él entonces: cómo os llamas, señora?

—Oh! respondió tristemente la joven:—los pobres saben el nombre de los ricos, pero los ricos ignoran el de los pobres... mi madre me llamaba Cármen, mi padre Flamy... llamadme vos como mi madre.

Al pronunciar estas palabras, había un encanto infinito en su voz, y un atractivo irresistible en la mirada que las acompañaba.

La prudencia americana es proverbial; mas en ninguna parte, como en América, se encuentran esas buenas gentes que poseen á fondo la diplomacia en los negocios, y desconocen completamente el mundo, como un muchacho que sale del colegio.

Western recorrió con una mirada el brillante vestido de la joven.

—Cómo, siendo tan pobre, la dijo, usais tan costosos trajes?

Ella sacudió la cabeza y dió á sus ojos una languidez provocativa.

—Venid, murmuró, yo os explicaré todo eso.

—No, no puedo... dejadme! replicó Wes-

tern, que sin embargo se dejaba llevar: tengo que cumplir un deber... un deber sagrado!

—Mas tarde! dijo la jóven con una mirada suplicante é irresistible:

—Western se sentia desvanecido...

Cármén le arrastró hácia las gradas de la *cueva del Salvaje*.—Allí, Western por un último esfuerzo de su razon vacilante, quiso volver sobre sí y andar por su paso; pero un movimiento de la multitud que le rodeaba le empujó.

Bajó una grada, despues dos:

En aquel momento, el enfermo de la fachada Valois, se agitó en su pobre lecho. La voz de la muchedumbre, elevándose atronadora le acababa de despertar de su letargo.

La vieja dejó de recitar su oracion latina. Las tres niñas enjugaron sus lágrimas, haciendo un esfuerzo para sonreír.

Volvió dificultosamente el enfermo sus ojos apagados hácia la muger que yacia inclinada sobre el lecho.

—Ha venido? murmuró con voz cóncava y sorda.

Hubo un momento de profundo silencio:

nadie tenía valor para responder.

—Valor, padre mio! dijo el jóven:—aun puede venir.

—Hemos rezado tanto, pidiendo á Dios que viniese!... añadió la niña mas pequeña, cuyos rubios cabellos caian en hebras abundantes sobre su rostro angelical.

Cerráronse los ojos del enfermo. Una palidez livida se esparció por sus mejillas enflaquecidas.

—No ha venido! murmuró con un esfuerzo; me da Dios una muerte muy cruel!

—Padre mio! dijo la niña, con sus grandes ojos cubiertos de lágrimas: nosotros rezaremos, y vendrá sin duda para conservarnos á nuestro amor...



La cueva del Salvage.

Colocado el duque junto á un arco de la galería, habia observado la escena entre el inglés y Cármen.

Luego que la cabeza de Western desapareció en la escalera de la cueva, enderezóse del todo respirando con fuerza.

—Es un tesoro! pensó retirándose: nos entendemos en otros negocios.

La cueva del Salvage estaba situada, como sabemos, bajo la entrada actual de los *Nuevos Hermanos Provenzales*, frente por frente del pastelero Felix, cuyos pastelillos no tenían par en todo el mundo; cerca de

aquel limpiabotas, cuya tienda abierta en un rincón de la escalera tenía sobre la puerta aquel famoso cuarteto, sabido de todos.

Ordinariamente la música chillona y rabirosa del café del *Salvage* se oía desde las galerías y aun desde el jardín; pero aquella noche el ruido de los carruages de las máscaras, el son de las trompetas y el murmullo de la multitud, hubieran sofocado hasta la orquesta de la *Opera*.

Así es que apenas desde lo alto de la escalera se percibían vagos acordes, y el redoble de los tambores del *Salvage*.

Cármén bajó la primera.—Western ni siquiera preguntó á dónde se le conducía, ocupado en mirar las ondas de la más bella cabellera del mundo, que serpenteaban sobre un cuello de cisne. Sentía su espíritu vacilante como al despertar de un sueño. Su frente estaba roja; sus sienas ardían bajo los ásperos mechones de sus cabellos grises.

A medida que bajaba, una atmósfera densa y cálida iba oprimiendo su pecho y aglomeraba su sangre á la cabeza. Sus oídos zumbaban; su respiración era corta y penosa.

Cármén le oía ijadear detrás de ella:—una sonrisa extraña descompuso las purísimas líneas de su boca.

—Venid; venid, le dijo sin volverse; y bajando de un salto los últimos pasos de la escalera, atravesó á lo largo de la cueva en busca de una mesa vacía.

Western la seguía titubeando.

Todo cuanto le rodeaba tomaba á sus ojos desvanecidos las apariencias de una vision fantástica. Era un segundo cuadro de la bacanal aturdidora del jardín; pero de colores mas pronunciados. El vapor de las lámparas humosas, el baho incesante de los alientos, las bebidas, y ese sin fin de emanaciones que se desprenden de una multitud apiñada, todo se condensaba y se estendia en espesa niebla por la sala; y formando un círculo blanquecino en torno de las luces, se interponia como un crespon sombrío entre la vista y los objetos. Tambien alli habia alegría, ruido y locura; pero aquella alegría se espresaba tristemente; aquel ruido circulaba sordo y encajonado en el cuadrilátero inflexible de aquellas paredes subterráneas; aquella locura partia el corazón. Era una orgía en una tumba.

Todas las mesas, escepto una ó dos colocadas en los rincones mas oscuros é incómodos, estaban rodeadas de numerosos bebedores, unos enmascarados y otros vestidos con sus trages ordinarios. Una tropa de

esas hermosas mugeres que ya hemos visto en el jardín de *Palais-Royal*, circulaban de dos en dos en torno de las mesas; porque á cierta hora de la noche el *Palais-Royal* vomitaba por todas sus bocas á sus innumerables sirenas. Era una inmensa colmena de Armaidás que pululaban, cubriendo como la plaga de las ranas en Egipto, las largas galerías, el jardín y las calles vecinas, yendo á derriamar todavía su multitud liviana en ese sin número de garitos dorados ó sucios, desmantelados ó cubiertos de terciopelo, que ocultaba entre las junturas de sus piedras este inmenso *Leviathan* de la prostitución parisien- se. Allí habia placeres para todos y á todos precios... y los agentes de policía, ó sucios pastores de tan inmundo rebaño, apenas podian llevar la cuenta de él...

Aquellas mugeres desfilaban allí como pasando una revista, y dirigian á todos la misma sonrisa. Para vez se sentaban, porque cada minuto tenia su precio... Y marchaban con calma sin desesperar nunca, hasta que algun pez hambriento tragaba aquel anzuelo comun...

En un lugar vacío entre las mesas, habia una orquesta de cinco ó seis músicos, encargados de hacer ruido por cuarenta. A su derecha, y un poco delante, un hombre de alta

talla, desnudo hasta la cintura, que tenia rodeada por un círculo de plumas de colores, estaba sentado sobre un taburete, al alcance de una porcion de tambores de varios y determinados tamaños. Este hombre era el Salvaje en cuestion.

Parecia ser muy viejo, aunque todavia fuerte: sus manos ágiles hacian correr las baquetas sobre la piel de los tambores con una prodigiosa rapidez. En medio de su pecho tenia finisimamente pintada una zorra acurruada.—Al lado del corazon mostraba otra pintura mas pequeña, y cuya forma aunque no se distinguia á cierta distancia, parecia la de un escudo con su divisa.

Ya se hubiese pintado á propósito, ó ya fuese este el color de su piel, su cara era de un rojo cobrizo, y su frente y sus mejillas estaban señaladas por profundas cicatrices. Rodeaba su cuello un collar de piedras vastas, y cuyas cuentas se chocaban ruidosamente á cada uno de los rápidos y bruscos movimientos del Salvaje, al pasar de un tambor á otro. Tenia por gorro una alta diadema de plumas en forma de abanico, y por calzado una especie de chinelas de piel cubierta todavia con su pelo.

Ordinariamente, este personage, al ejecutar sobre sus tambores increíbles suertes de

fuerza, tenia los ojos fijos en el suelo. Si alguna vez los levantaba por casualidad, se distinguian bajo sus blancas pestañas unas anchas pupilas vidriosas que lanzaban una mirada de cadáver.

La *cueva* cambiaba con frecuencia de *Salvage*. El actual era muy querido de los aficionados, que le llamaban el *gran gese*, porque en dos ocasiones diferentes habia elevado su voz para cantar las grandezas de su raza, á las que mezclaba una estraña historia europea.

Su amo,—porque era esclavo, y el propietario de la *cueva* alquilaba sus servicios á un tercero, que se habia abrogado su dominio;—su amo le habia impuesto siempre silencio en estas ocasiones.

Atravesando Western el café detrás de Carmen vió confusamente todas aquellas cosas, sin apercibirse de ninguna; tan rápido y poderoso efecto habia producido en él esta admirable belleza. No sabia lo que le pasaba. Los primeros vapores de aquella embriaguez del corazon y de los sentidos, hallando su espíritu ya vacilante y desvanecido por el tropel de impresiones desconocidas, que le habian asaltado en la fiesta, le dominaron hasta el punto de arrojarle prosternado á los pies de su vencedor.

Carmen se habia sentado junto á una mesa desocupada, y Western hizo lo mismo pasando el embudo de la mano por su frente cubierta de sudor.

—Sufro mucho!... murmuró;—pero quiero quedarme aqui, cerca de vos!...

—Yo tambien lo deseo, dijo la joven, fijando en él una lenta mirada de sus ojos encantadores.

El inglés bajó los suyos: sus mejillas se cubrieron de una repentina palidez; un estremecimiento nervioso recorrió todos sus miembros y murmuró balbuceando:

—Qué hermosa sois!!!...

Sus ojos no volvieron á levantarse; creia haberse escedido demasiado y se hallaba poseido de miedo y de vergüenza.—¿Es posible pensar, estando bajo la influencia y el choque ciego fulminante y terrible de la passion? Western, de rodillas ante aquella muger, su ídolo, solo podia concebirla grande, enaltecida y santa. El lugar, las circunstancias que le rodeaban, todo desaparecia ante sus ojos, al sentirse oprimido por aquel formidable yugo que pesaba sobre su alma. Aquella muger, á la cual solo hubiera él dirigido en otra cualquiera ocasion una mirada de lástima ó desprecio, le inspiraba en aquel momento de agitacion desordenada un respeto irra-

cional, puro y sin límites.

Cármén hizo una seña al mozo, que acercándose al punto, puso sobre la mesa dos vasos para vino y una botella de *Kirsch*.

Mientras Western permanecía como agobiado bajo el doble peso de su disgusto y su felicidad, Cármén, llenando de *Kirsch* entrambos vasos.

—Bebamos! dijo.

Western tomó el uno y lo apuró de un trago.—Cármén tomó el otro y apenas le tocó con sus labios.

El inglés se enderezó, galvanizado por aquella enorme dosis de alcohol, y dirigió alrededor una mirada como un hombre que despierta de un sueño.—Sus ojos giraban inflamados, cuando encontraron la radiante sonrisa de Cármén.

—Ah!... sí... sí... sois muy hermosa! dijo juntando las manos.

La jóven llenó de nuevo su vaso, hasta la mitad.—Western volvió á beber.

—¿Dónde estamos? preguntó;—hé aquí un indio....; mugeres medio desnudas que pasan en una nube... ¿Quiénes son esas mugeres?... Por qué ese indio no conserva el tocado de su país?....

A la palabra indio, el *Salvage* se estremó imperceptiblemente.

—Esas mugeres, respondió Cármen, son de quien las paga.

—¿Y vos?... dijo por lo bajo Western..

La noble frente de Cármen se enrojeció ligeramente; y sacudiendo la cabeza con un movimiento triste y lento.

—Yo... tambien soy como esas mugeres, murmuró.

Los ojos del inglés lanzaron chispas.

—¡Tanto mejor! dijo él en un transporte arrebatado;—soy rico, os daré mi fortuna y.....

—Está muy lejos de aqui vuestra fortuna!....

—Está aqui, repuso Western golpeando el lado izquierdo de su pecho.

La jóven bajó sus largas pestañas para ocultar el rayo de alegría que iluminó sus ojos de improviso.

Hizo una segunda seña al mozo, que se acercó al instante.

—El gabinete! le dijo ella rápidamente y en voz baja.

—Ocupado!... respondió el mozo.

Cármen dejó escapar un gesto de desagrado y repuso sin levantar la voz.

—¿No hay otra habitación?...

—La cueva no es un parador, contestó el mozo.

Cármén dió una patada en el suelo.—A esta señal de cólera, el americano, que hablaba con dificultad el francés, y nada había comprendido de aquel diálogo, se manifestó aun mas irritado que Cármén misma.

Amenazó al mozo con el puño, y volviéndose á la jóven, dijo:

—Lo que ese hombre rehusa ¿se puede comprar?

—No lo hay aqui, respondió Cármén.

—¿Y dónde lo hay? preguntó Western levantándose vivamente.

Cármén hizo lo mismo apoyándose en su brazo.

—Lo buscaremos... los dos lo buscaremos juntos... replicó ella dulcemente.

Western echó una moneda sobre la mesa y se dirigió con Cármén hácia la puerta.

Apenas habían andado tres pasos cuando un ruido de voces extraordinario que procedía de la puerta se dejó sentir por todos los ángulos de la sala.

Las conversaciones cesaron: enmudeció la orquesta, y el Salvage dirigió alrededor una mirada despavorida.

—¡Ah de la cueva! gritó una voz de la parte de afuera.

—*Ohe!* replicó un chusco, gritando á todo trapo.

—¿El dueño de la casa?

El hombre que estaba al mostrador puso su servilleta sobre el brazo y dirigiéndose á la escalera.

—¿Qué es eso? aquí estoy, contestó.

La voz atronadora prosiguió:

—¿Hay sitio ahí abajo para un melon?

—Para un melon, señor?...

—Salvage, para un melon ó para un buho.

El dueño volviöse estupefacto hácia la concurrencia como pidiendo la esplicacion de aquel enigma.—Todos contestaron con una carcajada.

—Responde, si quieres: continuó la voz.— Tambien viene un pavo...

—Pasad adelante, maldito bufon, exclamó irritado el dueño del café.

—Un pavo, un oso, y una ténca, continuó la voz.

—Insolente!

—Y sus esposas, Salvaje!

Todos los concurrentes rompieron en palmas y bravos.

Sintiöse entonces un tropel numeroso, que bajaba la escalera marcando el paso ruidosamente, pero con órden, y cantando aquella cancion tan en boga: *Paris á las cinco de la tarde. etc. etc.*

Este ruido inusitado produjo, al parecer, en

el Salvage un efecto extraordinario. Redobló vivamente sus movimientos prodigiosos. Todos los tambores resonaron a la vez llenando la cueva con sus redobles atronadores. El ruido se fué disminuyendo gradualmente: las baquetas iban tocando con mas pausa...

En fin el viejo inclinó la cabeza, y sus brazos se estendieron cayendo á lo largo de su cuerpo.

Despues de algunos segundos de inmovilidad completa, fuese enderezando lentamente hasta tomar una actitud de dignidad enfática.

—He oido la voz de un *Yanke*, dijo con un acento gutural y estendiendo los brazos como para imponer silencio: quiero que me escuche el *Yanke*... voy á decirle lo que he hecho por su pueblo.

—Silencio! silencio! gritaron algunas más-caras; *el gran jefe* va á referirnos la historia iroquesa de Lafallette y de su caballo blanco.

El tropel de los que cantaban continuaba bajando la escalera, marcando el paso: Western se habia vuelto hácia el indio y le miraba con curiosidad.

Este continuó, acentuando de un modo extraño su confuso chapurrado.

—Salimos del pais de las *Caras-blancas*.

en canoas tan grandes como ciudades... éramos millares de jóvenes... y yo era entre ellos un *gran jefe*... mucho ha nevado desde entonces!... Mi sangre era blanca entonces... No lo digais... porque los de las *pieles rojas* me dejarían de llamar su padre... ¡Y es mentira!... Ni aunque se empeñase el Grande Espíritu, ¿puede un cheroco haber nacido en otra parte que al bordo de los largos?...

En este momento sonó en la cueva un ruido general de aplausos y carcajadas. Aquel estruendo repentino sofocó enteramente la voz del viejo que se dejó caer, inerte, sobre su asiento.

Eran nuestros cinco máscaras—y sus compañeras—que llegaban al fin de la escalera, gritando y bamboleándose, completamente borrachos.

El marinero marchaba á la cabeza con una enorme bocina que introducía en su boca de tenca, produciendo aquellos mugidos espantosos que se habían oído antes.

Luego que entraron se formaron en círculo entonando un estrepitoso *potpourri*. El marinero cantaba con una volubilidad incomparable aquella famosa canción:

*Siempre contento
tras de las bellas,*

solo un momento

paso con ellas;

Siempre contento,

nunca constante;...

solo un momento...

solo un instante!...

El oso refunfuñaba por lo bajo un coro de la *Vestale*; el pavo declamaba el papel de Therámenes; el buho mezclaba al concierto lúgubres gemidos y la tenca mugia con su trompa:— *Yo os lo diré, mamá mia!...*

Allado de este concierto espantoso, las cinco mugeres entonaban cinco canciones diferentes.—Era un coro fulminante, y homicida.

El salvaje, aturdido, se había tapado los oídos.

El círculo de los cantarines, estaba delante de la escalera.—Cármén y el americano, detenidos un instante por la confusion que había producido la llegada de las máscaras, quisieron buscar paso; pero la tenca viendo al inglés, interrumpió su canto diciendo con su bocina:

—Silencio!... silencio todos!!!

Todos callaron, escepto el pavo que, aun quiso añadir al papel de Therámenes este notable exámetro:

Josepin quiere hablar... oid á Josepin.

Josepin se subió sobre una mesa:

—Cerrad el paso, dijo: estoy viendo al isleño que me maltrató en el jardín.

—Es cierto lo que veo? repuso el pavo.

—Está de conquista, añadió el melon; está con Cármen, la bella andaluza que baila el fandango en la plaza del Temple...

—Matemos á ese desconocido! opuso tristemente el buho.

—Llevémosle en triunfo!

—Robémosle á su Elena...

Observaba Cármen esta escena con visible inquietud; sus lábios estaban convulsamente cerrados, sus cejas fruncidas, y sus ojos miraban con severidad y audacia.

—Os van á acometer, dijo á Western;— vos sois fuerte, y ellos están borrachos... abrios un boquete por entre ellos; yo os seguiré.

Western no habia comprendido una palabra del diálogo de las máscaras; pero le estorbaban, y el alcohol fermentaba en su cabeza. Cerró, pues, los puños, y se lanzó adelante con resolucion.

El melon cayó, el pavo vino al suelo, y el buho tuvo la misma suerte. El boquete estaba abierto.

—Josepin, á la carga! gritó la tenca con su

bocina; vasos! botellas!... todo contra el *god-*
dan!

Western habia dejado ya atrás las últimas mesas: una garrafa, pasó silvando junto á sus oídos, y fue á estrellarse contra la pared; en el mismo instante un vaso de cerveza le hirió en la nuca.

Volvió la cabeza, y una botella cayó sobre su frente.

—Fuego! fuego! gritaba Josepin.

Western furioso, tomó de la mesa vecina un jarro de cerveza, y se lanzó de nuevo en medio de sus adversarios.

Siguióse una lucha terrible,—una de las mugeres de la comparsa, vestida de *escamadora*, llevaba en la mano, á guisa de cuchillo mellado por el uso, un hermoso puñal con mango cincelado.

Era la pareja del oso.

Este recibió en la refriega un formidable puñetazo, de esos que se dan en Boston con tan buena gracia como en las orillas del Támesis. Borracho de cólera y de vino, asió el oso el puñal de la *escamadora*, é hirió á Western en el pecho.—Western vaciló.

Pero una mano de hierro, que habia desviado la direccion del golpe, sujetó el brazo del oso, quitándole el puñal.—Cármén, porque era ella misma, acercó entonces sus her-

mosos labios al oído del americano, y le dijo:

—Venid, yo lo exijo!

Miróla él, y su cólera se desvaneció.

Cármén le arrastró con rapidez, y entrambos desaparecieron por la escalera arriba.

Un grito prolongado de victoria, siguió á su salida.

—Con el golpe de un vaso, lanzado con tino y fuerza, le he hecho una larga herida... no importa saber donde:—dijo el pavo, acercándose á la escalera, y—he aquí su sangre!

—Un arroyo de sangre!... añadió el pavo.—nos hemos vengado completamente!

—Demos gracias á Dios! concluyó Josepin, —y tomemos café.

El oso conservaba aun abierta la mano en que habia tenido el puñal. Estaba inmóvil, y como no sabiendo bien lo que acababa de pasar por él.

Cármén sostenia á Western, medio aturrido, y ensangrentado, saliendo por la calle de *Beaujolais*, desde la cual le hizo pasar á la de *Valois*.—Sacó del bolsillo una careta, con que cubrió su rostro, é hizo entrar á Western en esos pasadizos sin nombre, húmedos, sombríos, tortuosos y desiertos, que suben hácia la calle nueva de *Bons-Enfants*: junto á la entrada de un callejon habia un pequeño

trasparente en que, se leían estas palabras:

HOSPEDERÍA DEL SALVAGE.

Se alquilan cuartos para pasar la noche.

La calle nueva de *Bons-Enfáns* se distinguía por una apariencia casi de honradez. Pero las apariencias eran engañosas.

Había en esta calle tres ó cuatro hospederías de mal nombre, y muy en uso entre los caballeros de aquellas damas. Nadie ponía trabas á la orgía en aquellos lugares en que la embriaguez tenía su asilo, y se veía tratada con todas las consideraciones de un hombre que mantiene á su madre.

Los aposentos de aquellas hospederías, no tenían ninguna pretension de lujosas; pero estaban muy lejos de respirar la repugnante miseria de los de la calle de *Froidmanteau*, y otras que muestran sus cortinas detras del *Louvre*. Aquellos aposentos podrian pasar por cuartos de una posada de provincia. Preciso era haber pasado en ellos una noche para estimar su precio.—Hablamos de una noche embellecida por la trinidad favorita de Mr. Se-ribe, vino, juego y mujeres.

A la puerta de una de estas hospederías es donde hemos dejado á *Cármén* y el americano *Western*. El dueño del establecimiento, que

vendia bien caros los servicios del indio, supuesto ó verdadero, al cafetero de la *cueva*, habia abierto su casa bajo los auspicios de su viejo esclavo, y la habia bautizado—*Hospedería del Salvaje*.

En este establecimiento, que llevaba su nombre, solo tenia el Salvaje un lecho miserable en un rincon oscuro.

Por el lado de la calle de *Valois*, se subia á la puerta principal de la casa por una escalera de piedra húmeda y resvaladiza, que daba paso tambien á la calle de *Bons-Enfants*.

Western tenia cubierto de sangre el rostro, en el que aparecian bastantes señales de la reciente lucha; Cármén, sin embargo, le hizo entrar sin vacilar. La dueña de la casa, mujer muy acostumbrada á mirar por alto las cosas, les recibió sonriendo.

—Un aposento para el señor y la señora! gritó agitando la campanilla.

Apareció entonces un mozo con una llave en la mano derecha, y una hugia en la izquierda.

La agonía de una familia.

Las nueve de la noche serían poco más ó menos. El jardín de *Palais-Royal* comenzaba á desocuparse lentamente. La alegría había perdido gran parte de su entusiasmo, y el tumulto se iba desvaneciendo poco á poco.

Hacia frío. Las máscaras, en vez de consonantes para sus coplas, buscaban un refugio en los cafés, donde el rom daba fuerza á sus voces enronquecidas; los habitantes de provincia siempre aficionados al teatro, corrían á buscar billetes para entrar todavía en la *Comedia Francesa*.

Los rateros palpaban sus bolsillos inflados

con los objetos heterogéneos de su botín, y los pálidos perseguidores de la fortuna, un instante distraídos por las locuras del carnaval, subían de cuatro en cuatro los escalones de las casas de juego.

Disminuía el silencio á medida que se retiraba la concurrencia. Los que quedaban todavía, nada tenían que hacer á no entretenerse en estravagancias de mala ley. El público no se dignaba ya aplaudir á estos actores de tercer orden que prolongaban la función por medio de sus sainetes. El carnaval, el verdadero carnaval, se habia dormido hasta el dia siguiente, en que debia despertar de nuevo, mas loco y alborotado, para espírar con un grito, mas vivo y estrepitoso en su agonía.

Aquel fué un momento de descanso para la pobre familia reunida en torno del enfermo en la casa de la fachada de *Valois*. Durante tres horas los gritos progresivos del jardín y de la calle, le habian tenido en un estado de escitacion que redobló su fiebre. En aquel momento se habia adormecido.

Era un hombre como de cuarenta á cuarenta y cinco años. Su rostro espantosamente flaco, conservaba sin embargo rasgos, medio borrados, de una arrogancia varonil y severa, cuya espresion se reflejaba enérgicamen-

te sobre la noble frente del joven que estaba detrás de la cabecera del lecho. Componíase este de un solo colchon, aplastado ya por el continuo peso del enfermo, y cubierto con una colcha grosera de lana gris.—De la pared colgaba una pila de vidrio de antigua forma para agua bendita. Este pequeño adorno contrastaba de un modo bien singular con el aspecto de la habitación toda desmantelada. Debía ser alguna reliquia de familia.

En efecto; entre las hojas figuradas sobre vidrio, y en carton minuciosamente recortado, se veía un escudo timbrado, con una corona ducal, alrededor de la cual se estendía como un feston esta divisa:—*Dios lo quiere, Maillepré!*...

El resto de la familia, escepto el joven y el aldeano, aprovechando el reposo del enfermo se habían acercado en torno de una mesa en donde había algunos pedazos de pan y queso.

Las niñas comían con ansia de aquel manjar grosero y escaso, de pié delante de la mesa, porque en toda la habitación solo había dos sillas, que ocupaban las dos señoras.

La mas joven de estas podría contar treinta y cinco años. Sus facciones dulces y expresivas estaban marcadas con el sello del sufrimiento. El dolor había impreso un círculo azulado bajo sus grandes ojos, cuya mirada se

reflejaba tranquila, y piadosa aun en medio de la espresion desconsolada de su rostro.—Ella no comia!

Tendria la otra señora por lo menos setenta años. Sentada en su taburete de respaldo, derecha y erguida, llevaba á su boca el pan y el queso con un aire de reina, y tomaba una espresion de arrogancia siempre que hacia llenar su vaso al aldeano, que se mantenía humilde y respetuoso detrás de ella.

En la habitacion no habia mas muebles que la mesa, las dos sillas y la cama. Una sola bujía la iluminaba á medias, dejando en la sombra al aldeano y al joven, como tambien las paredes sucias de papel pintado, y concentrando sus rayos débiles sobre las cinco mugeres, reunidas en torno de la mesa.

El semblante famélico de las tres pobres niñas, cuyas mejillas dejaban ver la señal de las lágrimas; el triste abatimiento de su madre, la orgullosa altanería de la vieja, que enderezábase arrogante aun en medio de aquella miseria absoluta, formaban un cuadro extraño, tierno y patético por una parte, y por otra grave y severo; pero que tomaba una tinta de profundo desconsuelo, cuando la mente reparaba en aquel miserable lecho en que yacia un hombre agonizando.

Y esta escena tenia lugar en *Palais-Royal*,

un martes de carnaval, no lejos de los espléndidos salones de *Very* y de los *Hermanos Provenzales*, delante de aquellas galerías inundadas de luces.

Y ciertamente, no sucedía allí lo que en los melodramas que presentan á los magnates en medio de un banquete, mientras que sus vasallos se mueren de hambre junto á las puertas del Castillo. Aquí era el reverso de la medalla. Fuera, el pueblo borracho, reía, bebía y cantaba; dentro los descendientes de una raza señorial, temblaban de frío, y se repartían el último bocado de pan....

Aquella anciana era la señora Duquesa viuda de Maillepré.

Los demás eran el Sr. Marqués de Maillepré, su hijo, que no había usado jamás su título hereditario por no constar legalmente justificada la muerte del último Duque; — la marquesa su nuera; — Gaston de Maillepré su nieto, lo mismo que las tres señoritas de Maillepré.

Llamábase el aldeano Juan Maria Biot, y era procedente de Bretaña, donde los Maillepré habían poseído en otro tiempo inmensos dominios.

Así, pues, Gaston era el único heredero varón de la rama Maillepré-Maillepré. Contaba quince años: su figura elegante y varonil,

parecía haberse desarrollado antes de tiempo. Era hermoso, pero su hermosura estaba mezclada con una melancolía que le daba un aire de hombre meditabundo y pensador; la desgracia obra así algunas veces sobre las naturalezas fuertes, y las envejece, no pudiendo destruirlas.

En la mirada de Gaston no había ese fuego tímido de la adolescencia; era pensador y parecía frío. Su frente espaciosa, coronada de cabellos negros cuyos largos bucles caían hacia atrás, anunciaba desde luego una alma de caballero; pero en esta fisonomía de quince años no brillaba la alegría indiferente de la primavera de la vida. Aquella frente había meditado mucho; sus negras cejas estaban fruncidas como desafiando los golpes del sufrimiento. No se veía en ella más que un reflejo lejano de las gracias de la infancia; y solo aparecía la expresión dominante de una firmeza varonil, noble y casi austera.

Sus miembros eran vigorosos apesar de su alta estatura; pero su pecho poco desarrollado estaba ligeramente hundido y hacia salir, aunque de un modo casi imperceptible, los ángulos de sus espaldas. Esto y la palidez mate de sus mejillas, cuyos pómulos aparecían un poco sonrosados, eran el solo indicio que daba á conocer que la salud estaba

muy lejos de aquella juventud anticipada.

La mayor de las niñas tenía un año mas que Gastón, á quien en nada se parecia. Sus facciones de una regularidad casi perfecta, parecia que habian tomado del semblante arrugado de la Duquesa viuda, algo de su altanera serenidad. Por otra parte esta era la niña favorita de la anciana, y todos la llamaban *señorita* de Maillepré.

Su nombre de bautismo era Berta.

La segunda se llamaba Carlota. No era tan hermosa como Berta, cuyos rasgos hubieran tentado invenciblemente el pincel de un artista, pero era mas graciosa y encantadora. El conjunto de su fisonomia tenia una espresion de firmeza y valor, llena de atractivo.

La tercera era todavía una niña. Jamás Greuze ni Lawrence supieron imaginar una tan radiante cara de angel. Al mirar á esta niña, todas las miserias de la infeliz habitacion desaparecian; porque la inocente májia de su sonrisa aclaraba la oscuridad, adornaba la desnudez...

Santa era su nombre.

El pan se habia concluido. La duquesa viuda lavaba sus manos blancas y huesosas en una palangana de barro que le presentaba el aldeano.

—Las miradas de la Marquesa se pasea-

han desde la mesa vacía á sus hijas, que temblaban de frío bajo la indiana ligera de sus vestidos. Una lágrima rodó por sus mejillas.

—Santa dejó su asiento y reclinó su rubiacabeza en el seno de su madre.

—El vendrá, dijo... va á venir!

La Marquesa la oprimió dulcemente contra su corazón, y una sonrisa se mezcló á sus lágrimas.

Oyéronse entonces fuertes pisadas en la escalera.

Gaston escuchó atentamente. Una horrible ansiedad sombreó la nube de su frente.

—Dios tendrá piedad de nosotros! dijo la Marquesa.

Las tres niñas se volvieron con viveza hacia la puerta. La esperanza brilló en todos los semblantes, y Santa decia juntando sus manecitas:

—Qué bueno es Dios!... él... es él!...

La Duquesa viuda, solo la duquesa viuda permaneció inmóvil y fria.

En cuanto á Gaston, lejos de manifestar alegría, elevó los ojos al cielo, y cruzó sus brazos sobre el pecho, en esa actitud que se toma instintivamente cuando se aguarda un choque doloroso.

Resonaron tres golpes bruscos en la puerta. La Marquesa se puso pálida.

—Lo había olvidado!... dijo maquinalmente con un acento de terror.

—Abrid, Juan María, dijo Gaston.

—Ah!... no es él todavía, dijo Santa refugiándose tras del asiento de su madre.

Juan María se había adelantado hacia la puerta.

Hubo en toda la habitación un momento de profundo silencio. En el instante en que el aldeano abría el pestillo, la voz de la Duquesa viuda resonó imperiosa y solemne.

—Señorita Maillepré, por qué no rezais las *Gracias*?

Berta no tuvo tiempo de responder.

La puerta se abrió.—Un enorme perro de presa, precipitóse en la habitación, resoplando con fuerza, y frotando su áspera piel contra las niñas, mudas de espanto.

—Quieto, Bijonx, quieto! dijo una voz atiplada, en la parte de fuera.

El perro se plantó en medio de la habitación ajitando la cola como para saludar la entrada de su amo.

Este entró.—Era un hombrecillo de cuarenta años, próximamente, flaco y juanetudo, y con un cuello muy largo, que salía de entre dos hombros puntiagudos. Por cualquier lado que se le mirase, los rasgos de su rostro se confundían bruscamente sacando en

relieve extraordinario una nariz piramidal de punta afilada y reluciente. No tenia pelo de barba. Su labio inferior se ocultaba enteramente bajo el superior, hundido tambien modestamente desde el origen de aquella nariz, cuya elegante figura hemos descrito. A derecha á izquierda sus dos mejillas se aplastaban tambien con la misma docilidad. En fin, su frente que estaba ornada de escasos cabellos de un gris amarillento, se hundia simétricamente paralela con su barba.

En aquel semblante solo se destacaba la susodicha nariz, flanqueada por dos ojos redondos, á la vez soñolientos y malignos, como los de una ave de rapiña.

Y no debe el lector tomar á este hombre por un personage vulgar. Llamábase Mr. Polypo, y era nada menos que el administrador de los tres pisos mas altos de la casa...

Era tambien propietario de una cuarta parte de la célebre cueva de la calle de *Valois*, donde se reunia la *sociedad de los Glotonnes*.

Era además depositario de una porcion de mercaderes de bagatelas de papel pintado, cadenas, cancioncitas licenciosas, y otras cosas que se pregonaban á bajos precios en las avenidas del *Palais-Royal*.

Tenia tambien trato familiar con los agen-

tes de policía, y algunas relaciones de afecto con los principales rateros del jardín y las galerías.

Las lenguas maldicientes le llamaban encubridor; sus amigos pretendían que solo era usurero. Pero el más bello de sus títulos, y el que nadie podía disputarle, consistía en que (aparte de sus muchas otras industrias,) era también el dueño, después de Dios, de la grande *hospedería del Salvaje*, templo de seis pisos con cinco ventanas en su fachada, y que valía tanto oro como pesaba.

—Buenas noches, dijo sin más saludos, con una voz cuyas notas profundas hubiera envidiado Lablache;—va mejor el enfermo?... me alegro mucho... Echate Bijoux.

El perro se sentó derecho y atento, fijos los ojos en el rostro de su amo.

—El enfermo no está mejor, M., murmuró la Marquesa, con una voz tan dulce como triste.

—No?... barbotó M. Polypo;—ved ahí... tanto peor!... yo vengo á que arreglemos aquel asuntillo...

—Señorita Maillepré, dijo en aquel momento la vieja, conservando siempre su actitud altanera—¿no os he dicho que deis gracias?

—Señora... murmuró Berta; la presencia

de este caballero.

La Duquesa viuda paseó lentamente su mirada alrededor de la habitación.

—Y ¿á queien llamais caballero, señorita Maillepré? preguntó.

Mr. Polypo tomó la silla que acababa de dejar la Marquesa para recibirle, y se instaló en ella sin ceremonia.

—Siempre chocheando la buena señora! dijo.—El caso es que esta niña no está habituada á ver gente *com' il faut*; yo la desconcierto y... Pero no se trata de...

—Señorita, interrumpió la anciana, con un tono seco é imperioso; ¿será necesario que os lo mande?

—Perdonadme... murmuró Berta, besando respetuosamente la mano de su abuela.

Levantóse, pues, y rezó las *Gracias* en latín con voz entrecortada.

—Amen! dijo M. Polypo, al fin de la oración, contoneando su figurilla innoble con una estrepitosa carcajada.

Gimió el enfermo en su sueño, agitándose debajo de la colcha.

Gaston se acercó, saliendo á medias de la sombra en que habia estado oculto hasta entonces, pálido, silencioso, y con los ojos bajos, y esforzándose á conservar su sangre fria. Su mirada se fijó sobre la cara risueña

de Polypo, con una expresion de dolor profundo y amenazador, y acercándose á la mesa,—caballero... dijo por lo bajo, y tratando de contenerse todavia;—mi padre duerme...

Polypo le dirigió una mirada jovial.

—Hola! estais aqui, buen mozo? Habia creido veros en el café de...—Ah! ah! ah! jóven gallardo, á vuestra edad las hacia yo buenas...

—Silencio, por piedad, caballero! interrumpió Gaston.

—Como querais, ya veo... Pero, vamos al hecho...mi dinero...sino lo teneis á mal...

Todos enmudecieron á esta palabra. La Marquesa bajó la cabeza; Gaston, cuya frente pálida se distinguia en la sombra, dejó caer sus brazos con desfallecimiento.—En medio de este silencio sombrío, se escuchaba la fatigosa respiracion del enfermo.

—Mi dinero! repitió M. Polypo.

—Sereis satisfecho, caballero, murmuró la Marquesa.

En este momento la anciana Duquesa sacó de su bolsillo una magnífica caja de oro con las armas de Maillepré; la abrió lentamente despues de pasar su mano sobre la tapa como para hacer brillar su cincelado, y tomó algunos granos de tabaco de España.

Los ojos redondos de M. Polypo brillaron

vivamente, ensanchóse su nariz, y sus dedos se alargaron maquinalmente hácia la caja.

—Yo creo sin duda que seré pagado;—eso bien vale, por lo menos, veinte luises, y no siendo la deuda mas que de cuatrocientos y setenta y cinco francos... haremos abstraccion de céntimos...

Seguia mirando la caja, que valdria como unos mil doscientos francos. La Duquesa acababa de dejarla á su lado sobre la mesa.

—Me permitis, señora... dijo Polypo con voz menos bronca, y hasta ensayando una sonrisa al alargar su mano hácia la preciosa alhaja.

—¿Quién es este hombre? preguntó la Duquesa.

—Me gusta la pregunta!

—Está hablando conmigo, y permanece cubierto y sentado?

—Asi parece, dijo Polypo bajando los ojos ante la mirada fria y altanera de la anciana.

—Madre mia, os suplico que no le irriteis, murmuró por lo bajo la Marquesa.

—Callad, Madama, si quereis; ¿sabe este hombre quién soy yo?

—Pobre loca! barbotó todavía M. Polypo.

La anciana enderezó de repente su alta estatura, y arrojando una mirada de indignacion,

—Abajo el sombrero! esclamó con vehemencia.

Polypo se descubrió maquinalmente.

—Señora! señora! dijo la Marquesa tomando una mano de su suegra;—vuestro hijo descansa y...

La Duquesa la rechazó con dureza.

—Dejádme, señora, dijo, y volviéndose al administrador que permanecía inmóvil, añadió:

—Yo soy Berta de Dreux, mujer de Juan III de Maillepré, duque de Maillepré, marqués de Avalon, conde de Pontroy y de Blessac, vizconde de Naye, señor de Santo Tomás de Dunes, de Kergaz y de Vesvre, Par de Francia, caballero de órdenes del Rey, príncipe del Santo Imperio Romano, y brigadier de los ejércitos de S. M. Cristianísima!...

Y despues de decir todo esto con lentitud enfática, volvióse á sentar serena sobre su silla de paja.

Polypo permaneció un instante como atollondrado; despues se colocó el sombrero y asegurándole con un golpe.

—Y qué mas? dijo.

La anciana habia vuelto á su estado habitual de inmovilidad.

—Es eso todo? volvió á insistir Polypo;—pues entonces, dadme mi dinero!

—Lo tendreis, caballero, dijo la Marquesa; —esperad siquiera un dia ó dos.

—Un dia ó dos!... repitió irónicamente el administrador;—á fé mia, que esto es admirable!... Pues no direis que no ha cumplido vuestro primer plazo... Eh! eh!... Ya hace tiempo que yo sabia que los títulos no son rentas... Pero cuando se es Marquesa, Duquesa y Princesa... voto á los diablos! que deberian pagarse las deudas!... Sin embargo, me debeis tres meses y medio... tres meses y medio y dos dias!... Pensad que yo tengo que rendir cuentas á *Monseñor*!... Yo, que ni soy duque, ni marques... ni conde... ni mendigo! Y que no tomo tabaco en una caja de mil francos!...

El hombrecillo se animaba al hablar de este modo, y levantaba cada vez mas su voz estentórea, haciendo girar sus ojos á todas partes.

El Marqués lanzó un nuevo gemido.

—Caballero, caballero!... dijo Gaston;—tened en cuenta!...

—Tened en cuenta!... gritó Mr. Polypo descargando un fuerte puñetazo sobre la mesa:—Hé aqui lo que yo debo tener en cuenta!... Mi dinero!... mi dinero!!

A aquel repentino estrépito, el perro se enderezó sobre sus cuatro patas, y alargan-

do la cola lanzó un ahullido.

El enfermo despertó sobresaltado; se incorporó trabajosamente, y dirigió una mirada de ansiedad hácia la bugia.

—Ha llegado ya!... preguntó.

La esperanza y las convulsiones de la fiebre hacian temblar su voz.

Gaston, que por un movimiento de irresistible cólera se iba á precipitar sobre Polypo, volvióse atrás y colocándose junto al lecho, besó tímidamente la mano de su padre.—Santa se deslizó también á su espalda entre el lecho y la pared, y estampó dulcemente sus labios de rosa sobre la otra mano del enfermo.

—Silencio, Bijonx, silencio! dijo el administrador.—Has despertado á mi pobre amigo... añadió acercándose al Marqués.—Sabe Dios que hay muchos que se fingen enfermos por no pagar sus deudas; pero yo no digo esto por vos... Convengo en que teneis el rostro de un cadáver... Ea!... no quiero dar un escándalo en la habitacion de un pobre diablo que está para irse á otro barrio!... Buena noche... Pero os prevengo que mañana á las ocho, sereis arrojados á la calle... la habitacion está ya alquilada.

—Vos no sereis capaz de hacer seme-

jante cosa! exclamó la Marquesa, prorumpiendo en fuertes sollozos.

El hombrecillo la miró con asombro.

—Y quién me lo ha de impedir, mi buena señora? preguntó.

—Vos tendreis piedad...

—Si... no la conozco.

—Sabeis, caballero, dijo Gaston con esa lentitud del hombre que emplea todo su esfuerzo en contener su cólera,—sabeis que esperamos de un momento á otro los documentos que han de hacer cesar la indigna espoliación de que somos víctimas? y que se acerca el momento en que ese que se hace llamar el Duque de Campans-Millepré...

—Un digno caballero!... interrumpió Potypo devotamente,—quinientas mil libras de renta... hé ahí un verdadero Duque!

El enfermo se incorporó sobre su almohada.

—Un infame, pronunció con esfuerzo; un traidor!... oh! sí, se acerca la hora en que la antigua raza de Maillepré que no ha delinquido nunca á los ojos de Dios, halle tambien justicia entre los hombres! Pero esta hora se retrasa demasiado, añadió por lo bajo, y temo mucho que no llegue á sonar en mis oidos...

—Padre mio, padre mio! murmuró Santa, que solo habia escuchado estas últimas palabras, y que escondia su rubia cabeza bajo la colcha de la cama.

—Solo os pedimos un dia de plazo, un solo dia!... dijo la Marquesa en tono suplicante.

—Ni una hora, señora mia!

—El hombre que aguardamos no puede tardar mucho.

—Tanto mejor para vosotros; en cuanto á mí tengo mis razoncillas para no esperar nada. Si mañana os planto en la calle, me serán satisfechos todos mis adelantos por... por alguno que os interesa demasiado.

—El Duque! gritó Gaston, cuyas mejillas se cubrieron de una lívida palidez.

—El Duque! repitió el enfermo con voz enronquecida;—infamia!... infamia!

Gaston avanzó un paso mas hácia M. Polypo.

—Quereis asesinar á mi padre! murmuró en voz baja y amenazante.

—Yo quiero mi dinero! replicó el hombrecillo retrocediendo un paso hácia la puerta;—y os prevengo que no os aproximéis, jóven, porque Bijonx sabe su obligaciou.

El perro empinó las orejas al escuchar su nombre.

—Un dia, por piedad! volvió á decir la Marquesa.

—Un dia! repitieron las tres niñas rodeando á Mr. Polypo, con las manos juntas y los ojos arrasados de lágrimas.

—Oís, murmuró Gaston, cuyas pupilas lanzaban fuego, comprimiendo con la mano los latidos de su pecho ajitado;—Os ruegan... lloran... un dia... un solo dia!...

El administrador se encojió de hombros.

Gaston, con los ojos inyectados, loco, frenético se lanzó á él impetuosamente, pero su madre le detuvo.

Polypo con una risita falsa, dirigióse á la puerta murmurando,—atencion Bijonx!... nos quieren jugar una mala pasada...

—Dejadme, madre mia!... dijo Gaston fuera de sí;—dejadme castigar á ese miserable!...

—Este miserable sabe donde se acostará mañana, replicó Polypo; os desafio á que digais otro tanto, joven valiente.

La Marquesa ¡ay! no tuvo que esforzarse mucho para sujetar á su hijo. Una tos hueca y convulsiva le acababa de acometer.

Un rosado rubicundo habia reemplazado la palidez de sus mejillas, y cuando quiso hablar, su lábio descolorido quedó manchado de sangre.

Era el último de los Maillepré.

La pobre madre elevó al cielo sus ojos con una mirada de desesperacion. M. Polypo se retiraba echando votos y con aire de triunfo, cuando á dos pasos de la puerta, distinguió una forma sombría y gigantesca entre él y el umbral.

Retrocedió, pues, y dejó pasar á su perro delante.

—Señor Marqués, dijo entonces una voz, con un acento breton muy marcado; —quereis que arroje á los dos, al perro y al amo, por el corredor?

—Sí! sí!... dales la muerte, *Juan María!*... gritó con furor el jóven Maillepré.

—A él! Bijonx, á él! murmuró el hombrecillo.

El perro se lanzó al punto.—Juan María se inclinó, y un ahullido ahogado se escuchó al mismo tiempo.—Despues vióse á Biot levantar y balancear á la altura de su brazo al enorme animal, que tenia asido por el cuello, como pudiera haberlo hecho con un doguillo.

Biot abrió la puerta, levantó al perro con las dos manos, y le precipitó ahullando desde lo alto de la escalera.

El hombrecillo se refugió entonces hasta el sitio que ocupaba poco antes Gaston, detrás

del lecho.

Biot se adelantó resueltamente hácia él. Las niñas permanecieron mudas de terror.

—Os concedo un dia!... balbuceó Polypo.

El enfermo habia caido hacia algunos instantes en una especie de postracion insensible.

—La marquesa mandó al aldeano que se retirase.

—Salid! dijo con voz precipitada;—y Dios os perdone el mal que nos haceis!

El hombrecillo se deslizó entre el lecho y el aldeano, inmóvil, petrificado por las órdenes de la Marquesa.

—Gracias, señora mia, dijo Polypo humildemente.

Despues adelantóse hácia el umbral, y enderezando su personilla continuó:

—Hace un frio por esas calles!... Adios, buena gente... mañana á las ocho arreglaremos cuentas.

La puerta se cerró con fuerza detrás de él.

—Señorita de Maillepré, qué significatodo esto? preguntó la Duquesa.

—Ay!... respondió Berta llorando;—mañana ya no tendremos un asilo en donde recogerlos!...

La anciana acarició sonriendo su hermosa

caja de oro.

—Un asilo!... murmuró;—pues, y el castillo de Maillepré!... y el Palacio de mi padre en la calle de *Francs-Bourgeois*!... y el castillo de Avalon en Borgoña!... y las posesiones de Kergaz, en Bretaña!... y la casa de Nave!..... Estaniña delira!!!...

La marquesa habia colocado á Gaston desfallecido sobre su silla.

Durante algunos momentos, un profundo silencio reinó en la habitacion.

Al cabo de este tiempo se oyó la voz cóncava del enfermo.

—Incorpórame sobre la almohada, Biot; dijo penosamente.

El aldeano obedeció.

—Solo queda ya un Maillepré, continuó el Marqués con voz lenta y solemne;—Gaston, hijo mio, vos sois el gefe de una noble familia, cuya ruina ha permitido Dios... Sed feliz, si os es dado serlo; sino soportad la desgracia con resignacion cristiana, y acordaos de nuestra divisa...

Detúvose para tomar aliento.

—Nuestra causa es justa, continuó; sostenedla, hijo mio,—mañana... el hombre que espero... vendrá... Nada le reprocheis... nosotros debemos acatar la voluntad de Dios...

Detúvose otra vez.—Su voz se iba debili-

tando por instantes.

—Adios, madre y señora mia, prosiguió;
—adios Madama de Maillepré!... Luisa mia!...
Os amo al espirar como os he amado toda mi
vida... Adios, Gaston... adios, mi noble y que-
rido hijo...

Gaston sostenido por su madre anegada en
lágrimas, fue á colocarse de rodillas á la cabe-
cera de la cama.—Las tres niñas estaban
allí ya.—A cada interrupcion del enfer-
mo, solo se oían sollozos sofocados, y la tos
sorda é implacable del heredero de Maille-
pré!...

—No os inquieteis por mí, dijo todavía el
Marqués;—nuestros abuelos fundaron muchos
lechos en los hospitales de París, para que no
hallase allí uno Maillepré moribundo... Adios,
todos... Adios, esposa, hijas queridas.... Ber-
ta, Carlota... adios, Santa, pobre ángel mio,
adios!

Calló.—Biot colocó su cabeza sobre la al-
mohada.

La anciana duquesa dormitaba sobre su si-
lla...

Los labios del enfermo se entreabrieron to-
davía una vez. Los sollozos cesaron, y aun
pudo oírsele solamente:

—Dios mio!... Yo hubiera querido ver á ese
hombre que viene de tan lejos á restituir á

Maillepré su gloria y su fortuna... Si él supiese que estoy espirando!... Western!
 Western!

Western en este momento estaba sentado á una mesa, no lejos de allí, en un gabinete de la *hospedería del Salvaje*, frente á frente con Cármen, que le habia robado su memoria y su corazon...



IV.

El Baile.

Una hora hacia ya que Western había entrado, conducido por Cármen enmascarada, en la *hospedería del Salvaje*. Se había lavado el rostro que conservaba ya muy pocas señales de la pasada lucha. Solo se veía en su frente un cardenal violado, con alguas manchas de sangre, sobre la parte en donde había chocado la botella. En cuanto á la puñalada

del oso, Cármen habia parado tan bien el golpe de la hoja, que esta se habia deslizado sobre la mano del inglés sin penetrar su piel endurecida.

Habianles dado una habitacion bastante espaciosa, con dos ventanas defendidas por fuera de las miradas indiscretas con una espesa celosía, y por dentro con unas tupidas cortinas de lana basta cuidadosamente cruzadas. Frente por frente de estas ventanas á derecha é izquierda de la puerta de entrada, habia dos tragaluces que servian para iluminar el corredor interior, cerrados por unas vidrieras rotas.

Entrando á mano derecha, estaba la chimenea, donde brillaba un abundante fuego. Á izquierda una alcoba con cortinas encarnadas, ocultaba sus colgaduras festoneadas de un vivo amarillo, con bellotas de lana.—Entre la puerta y la chimenea se hallaba una mesa servida, delante de un camapé relleno de estopas, y cubierto de una tela encarnada con bordaduras amarillas.

Esta habitacion estaba groseramente esterada, y su cielo raso se componia de tablas ensambladas y emblanquecidas con yeso.

Cármen estaba medio echada sobre el camapé. Western sentado en un sillón, al otro

lado de la mesa, daba fin de un trozo de bizcocho que rociaba pródigamente con vino de Bordeaux.—En la mesa habia otros manjares que Cármen habia probado solamente. Cármen no comia.

El americano tenia en aquel momento una espresion cuyo confuso carácter hubiera sido imposible analizar cumplidamente. La pasada lucha habia disipado su embriaguez. El vino no hacia ya operacion en él; pero no por eso estaba mas segura su cabeza. Sus sentidos estaban completamente perturbados.

Con su sangre fria, habia sin embargo recobrado su timidez salvaje. A nada se atrevia; Cármen recostada sobre el sofá en una actitud de gracioso abandono, le contemplaba sonriendo.—El rubor coloreaba fuertemente las mejillas de Western, que bajaba los ojos y bebia, como buscando un poco de valor en el fondo de su vaso.

Pero el suave vino de la Gironda no tenia vapores bastantes fuertes para influir sobre aquella robusta cabeza. El americano apuraba impunemente aquel pacífico néctar, que tan pronto se enciende y estalla cuando se pone en contacto con la cabeza volcánica de un gascon.—Solo la pasion le abrasaba; aquella pasion enérgica combatida por la austeridad de sus costum—

bres y por un pensamiento que le asediaba sin tregua.

Media hora hacia que Western pensaba incesantemente que tenia que cumplir aquella misma noche un deber sagrado.

Cármén estaba hermosa, como esas tentaciones encarnadas que la tradicion coloca alrededor de San Antonio en oracion, desplegando encantos sobre humanos y mágicas sonrisas por ganar para el infierno al hombre de Dios.—Su codo se apoyaba en el cogen del sofá, y su mano blanca, medio perdida entre sus espesos cabellos negros, sostenia su frente inclinada. El calor sofocante de la *cueva* almismo tiempo que la contienda con las máscaras, habian puesto en desórden su tocado, algunos rizos desprendidos de la cadena de perlas, flotaban al acaso sobre sus mejillas.—Su mano derecha acariciaba con distraccion el mango de oro del puñal de la *escamadora*, que tan fatal pudo ser á Western. Sus bellas espaldas, tocaban el respaldo del sofá, cuya tela encarnada contrastaba con la esquisita armonía de sus contornos, ocultos bajo el velo trasparente de su corpiño desabrochado.

Sus párpados caídos, ocultaban en parte, bajo la seda de sus pestañas, el rayo penetrante de su mirada. Su boca se entreabria

para mostrar con una sonrisa el esmalte de su dentadura de perlas. Qué mas podemos añadir? Estaba encantadora. Una aureola mágica de hermosura la circundaba. Su gracia seducía; su sonrisa inspiraba una pasión incontrastable.

Western estaba bajo la influencia del encanto. Todo su ser se lanzaba con adoración hacia aquella maga que hacia estremecer su corazón de una manera desconocida para él. La pasión encendia hasta el transporte su naturaleza pacífica y helada.—Pero entre él y el ídolo se interponia su propia timidez. Amaba; adoraba; pero en silencio. No osaba juntar sus manos y ponerse de hinojos.

Era esta una entrevista estraña, como no se habria visto muchas veces en aquel lugar. Ni una palabra habia interrumpido el silencio desde que Cármen habia concluido de comer. El americano bebia. Apenas miraba alguna vez á su hermosa compañera, y siempre de reojo y como á escondidas. Su turbación, sus deseos, su timidez, todo estaba en lucha abierta con su gravedad habitual.—Hubiera dado dinero, solo por atreverse á hablar... por saber decir una palabra...

Cármen, siempre que sus miradas se cruzaban, hacia brillar sus pupilas, alzando sus negras pestañas para dar mas fuego á sus

miradas. Western tenía entonces el alma llena de palabras apasionadas, pero aquellas palabras iban á morir en sus labios... Entonces bajaba los ojos y enmudecía.

En aquellos momentos, se hubiera podido notar una sonrisa singular en los labios de Carmen. Su belleza se transformaba: todo lo que había en ella de dulce y femenino, desaparecía de improviso para dar lugar á una espresion de osadía resuelta... Su esquisita gracia se tornaba en energía.—Se hubiera creído leer sobre su frente un pensamiento amenazante y temerario.

La apercibió Western una vez en aquella actitud extraordinaria, y creyó que él mismo despertaba de un sueño.

Durante un segundo, pesó sobre él la mirada de Carmen, dura, penetrante y altanera, con ese brillo helado que arrojan de sí los ojos de la serpiente.... Western sintió frío hasta en el fondo de su corazón... Sintióse estremecido ante el brillo de aquella mirada deslumbradora que le llenaba de asombro y de terror.

¿Había visto bien?... Sus ojos habían pestañeado estremecidos.—Cuando alzó la vista, Carmen mostraba en sus labios una sonrisa dulce y amorosa.

Western reflexionó. Su prudencia, des-

pertando de nuevo hizo sentir vagamente su voz, sacudiendo por instinto la apatia moral en que la habia sumido aquel asalto inesperado y fulminante del deleite. La impresion crecia y decrecia. Western se hallaba arrasado todavia: mas habia algo que sujetaba sus arrebatos; vértigos frios luchaban con el fuego de sus deseos.

Esta reaccion fué repentina, y luego vino á manifestarse en su semblante franco y sencillo.

Cármén comprendió bien que el dominio que habia ejercido, por una especie de sorpresa, sobre él, llegaba á su término. Mas no necesitaba sin duda ella que su imperio fuese de larga duracion: porque nada habia en su rostro que anunciase contrariedad ó disgusto. Su hermosa frente permaneció serena: solo apareció en su frente una nube imperceptible de desdeñosa indiferencia.

Western por el contrario, se manifestaba cada vez mas embarazado.

Evidentemente, hubiera él querido concluir aquella entrevista.

Llenó hasta el borde un vaso de vino de Burdeos, para tomar valor, y le apuró de un trago.

— Vos me habeis abordado, dijo en seguida invocando el nombre de la patria comun...

87

A tanta distancia de mi país, la voz de una hija de América me conmovió el corazón, y no hubiérais, de seguro, implorado en vano mi ayuda.

—¿Por qué no me hablais mas bien de que soy hermosa, de que os parezco muy hermosa?... interrumpió Cármen, bañándole con una mirada de sus divinos ojos.

Western balbuceó.... Estaba vacilante entre la pasión que le agitaba, y el sentimiento repulsivo de espanto, cuyo golpe repentino habia rechazado y hecho retroceder los impulsos de su amor.

Incorporóse Cármen sobre el codo y tiró del cordón de una campanilla que colgaba sobre su cabeza.

Acompañó esta acción con toda la molición graciosa de una mujer persuadida de su hermosura, que quiere conducir á su colmo la embriaguez de un amor indeciso.

Pero Western, con los ojos fijos en el suelo, no la veía.

Se presentó un mozo en la estancia al mismo tiempo.

—Una garrafa de *kirsch*! dijo Cármen en francés.

Western consultó su reloj.

—Escuchad! repuso con resolución;—yo soy casi un viejo, pero mi corazón es joven,

porque los negocios no le han dejado jamás tiempo para amar.... El diablo se ha servido de vos para tentarme... Vos os habeis atravesado en mi camino, como un escollo contra el cual ha sido fuerza que yo tropiece... Si, vos sois hermosa, prosiguió animándose;— hermosa, como no puede serlo nunca otra mujer!.... Hay en vuestros ojos una llama que abrasa y vuelve loco cuando me mirais así, mi alma se estremece de placer.... Siento dentro de mí renacer la fuerza y el fuego impetuoso de mis primeros años...

Cármén no pudo disimular una sonrisa orgullosa de triunfo.

El americano pasó el revés de su mano sobre su frente.

—¡Es la primera vez de mi vida que faltó a un deber! murmuró.

El mozo volvió con la garrafa *kirsch*.

—Eh! gritó Cármén:—hay acaso deberes en este tiempo de locuras!.... Escuchad las canciones de afuera.... escuchad el ruido del baile que hace retemblar el pavimento sobre nuestras cabezas....

—Sí, replicó Western, arrugando la frente;—pero, ¿y los que esperan y sufren?.... Cármén había dicho bien. El techo resonaba bajo los pasos precipitados de una galop entusiasta.

Oíase perfectamente la orquesta, compuesta de tres ó cuatro voces de falsete y de una trompeta de carnaval que interpolaba con la canción sussones discordes y tremebundos. La galop tenía entonces toda esa boga que va perdiendo en nuestros días la Polka destronada. Era el baile indispensable y favorito, sin el cual toda función parecía desanimada.

Desde la pieza en donde se hallaban Carmen y Western, se podía conjeturar que el número de bailarines del piso superior no pasaba de diez ó doce. Mas tanto se agitaban, que la casa temblaba bajo sus pasos.

Sintió Carmen como un estremecimiento de envidia; sus ojos pestañearon; su talle se enderezó y su pecho palpitó agitado. Llenó de *kirsch* el vaso de Western, y dió un salto ligero sobre sus pies.—Y pasando junto á la puerta, corrió el cerrojo interior, sin que Western se apercibiese de ello. Se acercó luego hácia la mesa, midiendo metódicamente sus graciosos pasos.

Después resonó en la habitación silenciosa un redoble seco y cadencioso. Carmen agitaba en sus manos dos castañuelas de ébano.

Su bello cuerpo onduló lentamente, y sus piestocaron el suelo con lijereza. Sus cabellos desprendidos se deslizaron en ondas sobre sus espaldas, y del azul sombrío de sus

ojos brotaron dos chispas de diamantes...

Estaba bailando uno de esos bailes españoles, á los cuales dá la moda de tiempo en tiempo nuevos nombres, y que son siempre un compendio de gracia lasciva, de vigor varonil, de audacia fanfarrona y de ardiente y muelle voluptuosidad...

Ora se adelantaba humilde, tierna, sumisa, los ojos lángidos, despidiendo de sus lábios una sonrisa, un beso, un gesto cualquiera, empapado de amor; ora su cuerpo flexible se enderezaba y su frente se tornaba soberbia, y el desden plegaba sus labios; y últimamente se volvía suplicante y tierna, espresando en sus ademanes elocuentes el amargo suplicio de un alma devorada por los celos... Coqueta y atractiva provocaba al amor: amante apasionada, le imploraba con ánsia para triunfar bien pronto y reirse; despues aparecia blanda, tierna y poseida de una adorable languidez...

Western la miraba estupefacto. Aquella pantomima rápida que desarrollaba delante de sus ojos, escena por escena, el mas voluptuoso de los dramas, le arrebatava, le transportaba, le hundia de nuevo bajo el yugo... Seguia ávidamente todas las fases, cada vez mas sensuales, de aquel baile mágico, hijo de la ardiente ternura de España, de aquel baile rá-

pido, lento, arrebatado y lánguido, pero siempre fascinador...

Western tenía una nube delante de los ojos. La habitación le parecía iluminada de vagos resplandores.

El creía ver á la bailarina nadando en medio de una nube fantástica, como si el aire la elevase dulcemente y la dejase, balanceándola, en el suelo, que no tocaban sus pies de hada.

Subyugado por el encanto, parecía mecido en un sueño celeste.

Sin embargo, Carmen precipitaba como de propósito, los pasos mas espresivos de su fandango. Su bello cuerpo ondulaba dócil, ágil, vigoroso y flexible. Aquí y allá el terciopelo negro de su corpiño dibujaba sus divinas formas en la pared, mientras su rostro pálido resaltaba entre sus negros cabellos en desorden magnífico y celestial, y como iluminado por las llamas de sus pupilas.

Ninguna fatiga manifestaban sus movimientos agraciados y vigorosos: su respiración era igual y dulce.

Largo tiempo bailó de esta manera guiada y como sostenida por los redobles medidos de sus castañuelas.

Cuando paró se quedó colocada cerca de Western, con su pecho sacado hácia adelante, la cabeza inclinada, con una sonrisa,

sobre el hombro derecho, cuyo brazo encorvado elevaba sus castañuelas á la altura de la frente, y con la mano izquierda sobre la cadera.

Todo Paris debia correr, quince años despues, á ver á la *Fanny Ellster* coronar con esta postura incomparable los maravillosos pasos de su voluptuosa cachucha.

Al ver Western á Cármen inmóvil permaneciendo en equilibrio, lanzóse á élla instintivamente para sostenerla. Ella se dejó caer entre sus brazos.

Pero los músculos del americano desfallecieron al contacto de aquellas formas elásticas y juveniles, aprisionadas bajo el terciopelo. Titubeó con aquel lijero peso, y sin tener mas tiempo que el necesario para colocar á Cármen en el sofá, sintió flaquear sus piernas y se dejó caer sobre sus rodillas.

Apoyó Cármen de nuevo su cabeza en los cojines, dejando caer una mirada sobre Western, proternado delante de ella: en sus ojos se reflejaba el desprecio y la compasion: se reflejaba tambien aquella amenaza diabólica, ante la cual se habia espeluznado el americano poco antes.

—Quién sois, pues?... murmuró él despues de algunos segundos de estático silencio, y sin darse cuenta él mismo de sus palabras.

—Soy un hombre, respondió Cármen.

El americano se levantó asombrado.

—Un hombre!... balbuceó.

Cármen arregló su vestido en pliegues regulares, echóse á la espalda sus largos cabellos, y dió aun mas languidez á su actitud indolente y encantadora.

Western la contemplaba con ojos de indecision y de terror.

—Bebed, dijo ella con acento burlon, y señalando el vaso colmado, con el dedo; —bebed!... necesitais tomar valor.

El americano se fué á sentar en su sitio.

—No soy supersticioso, murmuró; pero el espiritu del mal, dicen que toma alguna vez la máscara de la hermosura...

Cármen le interrumpió con una carcajada.

Western se ruborizó, y permaneció como avergonzado.

Hubo un intérvulo de silencio.

En el piso superior, el baile habia parado. Solo se oía el ruido de las sillas sacudidas sobre el pavimento, el choque de los vasos y el estrépito intermitente de una conversacion abarullada.

El banquete habia sucedido á la galop.

—En tiempo de carnaval el estómago re-

dobra sus fuerzas, y se encuentra con aptitud para desempeñar mayores funciones que de ordinario.

Poco tiempo habia mediado desde la comida, pero era menester matar el tiempo hasta la hora del baile del *Odeon* y del de la *Puerta de San Martin*, dignos precursores de *Musard*.

Todos hablaban á voces, como sucede siempre en tales ocasiones. Un oido ejercitado hubiera podido reconocer desde abajo á los actores de aquel desórden. Allí se escuchaba, por ejemplo, un solemne *contrabajo* que se asemejaba mucho á la enfática voz del pavo de la *cueva*. Tambien se percibian las distintas inflexiones de las voces del oso, el melon y el buho.—Pero á quien se reconocia mas pronto era á Josepin, el marinero—tenca, que soplabá su vocina, cada vez que soltaba un equivoquillo.

Ni Cármen ni el americano estaban entonces para pensar en lo que pasaba encima de ellos.

Western estaba como aturdido. Una bruma espesa oscurecia su inteligencia. Cármen era un ser incomprensible para él que en vano se esforzaba á ordenar en su memoria todos los sucesos de aquella noche.

Durante cinco años habia tenido esa vida

pacífica peculiar de un hombre de negocios en un país de negocios.—Y hacia algunas horas que una magia novelesca y caprichosa le rodeaba y le oprimía hasta volverle loco.

Cármén reflexionaba. Su hermoso semblante habíatomado una espresion de gravedad meditabunda.

Tenia sus ojos fijos en Western, á quien no veía, sin embargo, y sus cejas estaban ligeramente fruncidas.

Ella fué quién rompió el silencio.

—Bebed! volvió á decirle.

Western llevó maquinalmente el vaso á sus labios, pero volvió á dejarle con repugnancia.

—Os digo que bebais! repitió Cármén otra vez.

El americano sacudió lentamente la cabeza.

—Fuerza es mirar todo esto como un sueño!... dijo él.—¿Sé yo acaso lo que ha pasado por mí esta noche? Han sido dos horas de tentacion y de demencia, que ya arrojaré para siempre de mi memoria... Ya no os volveré á ver nunca... ¿quereis oro?

—Yo quiero que bebais! respondió Cármén imperiosamente.

Western sacó de su faldriquera un bolsillo

basto, y le arrojó en la mesa, delante de Cármen.

Esta le rechazó, y repuso con voz mas dulce.

—Sois generoso... Pero, creedme... bebed.

—Y para qué?

Cármen vaciló al parecer.

Durante este momento de indecision, el tragaluz situado á su espalda, se abrió sin ruido alguno, y una cabeza extraordinaria encajonándose en su hueco, permaneció colocada en él, por el espacio de un segundo.

Era una cara rubicunda, con la frente llena de cicatrices y el cabello completamente afeitado, á escepcion de un mechon gris que le sobresalia en la parte superior del cráneo.

Aquella cara tenia los ojos hundidos y apagados. El asomado dirijió una mirada circular por toda la habitacion, sonrióse con aire misterioso, y cerró cuidadosamente el tragaluz antes de ser apercebido....

En fin, Cármen respondió, clavando en Western una mirada fija y audaz.

—Quiero que bebais, porque si bebeis os pondreis borracho.... una vez borracho, os quedareis dormido.... y yo podré tomar entonces la cartera que está en el bolsillo de vuestra levita.

—Ah! exclamó Western como aturdido.

—Si; replicó friamente Cármen;—al paso que si no bebeis, no os dormireis tampoco... y entonces, como yo necesito á todo trance la cartera, me veré en la precision de asesinaros...

Entre cuatro paredes



... la — (mirada) ...
... no os dormís tampoco ...
... como lo necesito a todo trance la ...
... de la precision de ...

Entre cuatro paredes.

No pensó Western que aquella estraña declaracion pudiera hacerse formalmente: creyó que Cármen se chanceaba. Tal vez creyó tambien que, por una misteriosa compensacion, el cielo habia negado la razon á aquella criatura, dotada de tan admirable belleza.

Colocóse Cármen en una actitud de negligente abandono, como si fuese á dormirse. Pero su mirada, contrastando con aquella negligente pereza, se habia fijado dura y fria sobre Western.

—Ya veis, repuso al fin,—que lo mas pru-

dente será beber...

Mirábala Western cada vez mas asombrado. Un instante la risa le retozó en los labios... Tan superior se sentia él á aquella muger, que le amenazaba de un modo tan estraño.

Alargó Cármen el brazo, y fijó la punta de su lindo puñal sobre el vaso colmado, diciendo:

—Ea, bebed!

—Pero... replicó Western preocupado por lo estravagante de su situacion;—qué quereis hacer de mi cartera?

—La he vendido, respondió Cármen.

—A quién?

—Al hombre que prorrumpió vuestro nombre á vuestro oido esta noche en el *Palais-Royal*.

Western arrugó la frente... Habia olvidado esta circunstancia entre la sucesion rápida y embrollada de los acontecimientos de la funcion de aquella noche. Pero á esta sola palabra de Cármen, aquella circunstancia se presentó vivamente á su imaginacion. Recordó su estrañeza, y sus vanos esfuerzos por encontrar á aquel ser invisible, que le habia nombrado entre la multitud.

Tuvo un momento de vago terror: su co-

razon se partia; porque en este inmenso París, donde se encontraba solo algunas horas habia, parecia envolverle por todas partes una red misteriosa y fatal. Estaba solo, sin amigos, sin enemigos, y, sin embargo, por todas partes se miraba cercado de tenebrosos odios que se atravesaban en su camino.

Por donde quiera habia encontrado luchas y ataques: y si bien una vez habia dado con una sonrisa amiga, brotaba de la boca de una sirena, que queria arrastrarle á un precipicio.

Porque, á pesar de todo, se hallaba en el caso de considerar seriamente la amenaza de Carmen; aquel recuerdo eyocado poco antes, cambiaba de improviso el curso de sus ideas. Detrás de Carmen, columbraba un sin número de enemigos ocultos, interesados en perderle. Y, como sucede siempre cuando el alma se afecta tristemente, la voz de la conciencia se elevó en su corazon severa y penetrante. Reprochábase amargamente, por haberse dejado seducir por la loca alegría de una noche de Carnaval; por haberse dejado sorprender como un niño, él que ya tocaba en la vejez. No encontraba escusas, ni en su misma ignorancia, respecto de aquellas costumbres estrangeras, ni en la novedad inesperada de aquel espectáculo, ni en el imán

irresistible de una bacanal delirante...—Dió un golpe con su silla, y dirigió sus ojos inquietos á todas partes, como si temiese ver brotar de cada rincón un enemigo armado. Apoderóse del largo cuchillo de trinchar, con un movimiento rápido.

—Qué necio sois! dijo esta;—cuánto mas os valiera beber!

El americano levantó la cabeza con dignidad.—La timidez y la perplejidad habian desaparecido de su semblante.

—No beberé! dijo, colocando la mano en su pecho al lado donde tenía la cartera.—Si es fuerza que yo muera, moriré defendiendo el depósito que se me ha confiado.... Soy culpable, porque este depósito debiera estar ya en seguridad. Pero si una muerte, que no me intimida, es bastante á espíar algunos momentos de flaqueza, Dios me perdonará!

Levantóse, pues, y dió un paso hácia la puerta.

Cármén abandonó su indolente postura, y colocóse de un salto entre él y la puerta.

—Paso!... gritó el americano.

—Con que es decir, murmuró Cármén, que estais resuelto á morir?

Western retrocedió un paso. Sus cejas se fruncieron violentamente.—Se hubiera creído por un instante que iba á lanzarse sobre Cár-

men para hacerla pedazos entre su forzudos miembros.

Pero sus brazos cayeron estendidos á lo largo del cuerpo.

—Date prisa! dijo conteniendo su voz;— llama pronto á tus cómplices, y el lazo que me has tendido, se enrojecerá con tu sangre.... Mi cabeza se desvanece, y voy á olvidar que eres una muger!....

—Soy un hombre! respondió Cármen, cuyas facciones contraídas tenian una espresion de orgullo salvage;—y estoy solo!

Western sacudió la cabeza; sus ojos se dirigieron con aire de duda á las cortinas corridas de la alcoba. Despues, y como si hubiese tomado su partido, atravesó la habitacion y ajitó bruscamente las cortinas. La alcoba estaba vacía.

Todo aquello iba siendo para Western un enigma incomprensible. Ningun otro apartado tenia la habitacion; él estaba armado: se le amenazaba con la muerte, y su enemigo era una muger, cuya blanca mano jugueteaba con el pomo cincelado de un puñal de teatro.

Esta muger habia dicho dos veces: soy un hombre;—mas la luz bañaba sus formas deliciosas...

Aquello era un juego, ó un engaño atrevido y peligroso.

Este último pensamiento hizo sonrojar á Western, que corrió las cortinas con un gesto vehemente, y se volvió hácia la puerta.

A la mitad del camino se encontró á Carmen con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Dejadme paso! dijo.—Estoy en un país desconocido en que no he hallado hasta ahora una hospitalidad cristiana... Acaso he creído demasiado pronto en la gravedad de vuestras amenazas; pero á lo menos nome habreis visto palidecer ante la idea de la muerte.

Quería excusarse asimismo de su terror, y arrojó al suelo su arma, como avergonzado.

Empujó al mismo tiempo dulcemente á Cármen para abrirse paso; pero Cármen se resistió.

Western resuelto á salir de cualquier modo de aquella posición falsa y difícil, quiso desviarla á la fuerza; pero Cármen no cedió el puesto... Sacudió de repente sus dos brazos sobre el pecho de Western, que empujado hácia atrás con violencia, vaciló un momento, y retrocedió algunos pasos.

Ya hemos visto á Western obrar en el jardín y en la cueva; sabemos de lo que era capaz, y lo que valian sus puños en un combate. Añadiremos ahora, que tenía una grande idea de su fuerza, y que era ciudadano de un país, en que el hombre mas pacífico se ve obligado

con frecuencia á hacer uso de su vigor físico.

Pero el choque que acababa de sufrir hubiera hecho vacilar á un atleta.

Permaneció un instante como aturdido, bajo la impresion de su asombro, y creyéndose el juguete del más estravagante de los sueños... Porque su vencedor estaba allí; era una muger; — una muger joven y hermosa, que él hubiera llevado en sus brazos como á un niño.

Al menos lo hubiera podido creer así poco antes; — mas cuando levantó sus ojos hasta el semblante de Carmen, Carmen le pareció otro sér mas terrible...

Habia salvado la distancia que los separaba, y permanecia frente á frente, derecha y altanera, y dos pasos delante de él... se hubiera dicho que habia crecido de repente hasta la talla de un hombre. Sus negras cejas fruncidas sombreaban sus grandes ojos abiertos... Estaba hermosa sin embargo, con la hermosura sublime del ángel caído, que desafia la omnipotencia de Dios.

Su actitud, su gesto, su mirada, todo reflejaba una amenaza de muerte...

— La cartera!... murmuró con una voz enronquecida, que nadie hubiera conocido por la voz melodiosa de la hermosa niña, recostada poco antes en el sofá...

Western palideció y bajó los ojos. La mirada centellante de aquel ser extraño, entorpecía sus miembros, y paralizaba su voluntad.

—La cartera! repitió Cármen, poniéndole una mano sobre el hombro.

Al mismo tiempo levantaba lentamente la otra mano en que tenia el puñal.

Menester fue este último riesgo para que Western desechase su apatía. El instinto de la conservacion despertó en él... Advertido por la esperiencia del vigor prodigioso de su adversario, reunió todas sus fuerzas, y hurtando el cuerpo de improviso, cayó sobre Cármen estrechándola con un abrazo desesperado.

—Hombre ó muger! exclamó;—quieres arrebatar me mas que la vida... pues bien... Caiga tu sangre sobre mi cabeza...

Cármen no respondió... Solo se escuchó una risita seca en medio de aquel silencio.

Después, Cármen desprendida como por encanto del círculo de hierro que se cerraba sobre su cintura, desvióse rápidamente, y fué á colocarse al otro extremo de la habitación; y arrojóse después con un salto de tigre sobre Western, que cayó sobre el suelo atolondrado.

Cuando quiso levantarse, la rodilla de Carmen oprimía su cuello.

—La cartera! dijo ella por tercera vez.

—No!... respondió Western.

Cármén bajó su mano... La garganta del vencido lanzó un gemido sordo.

Cármén se arrodilló á su lado, y desabrochando su levita, sacó del bolsillo la cartera que colocó en su mano.

Despues se levantó.

Western no respiraba.

Contenplóle Cármén un instante tendido á sus pies... Estaba tan pálida como el cadáver. El fuego de sus ojos iba apagándose por grados... Una sonrisa amarga y dolorosa plegó sus labios.

Inclinó despues la cabeza sobre el hombro y sus ojos soltaron una mirada de compasion...

Los del piso superior llegaban á los postes. Un coro báquico repetia alli con acompañamiento de vasos, cubiertos, botellas y cuchillos estos versos:

*Si yo muero, que me entierren
en la bodega del vino...*

La cancion se iba debilitando: las voces es-

taban soñolientas y vinosas. Pero á aquella copla el banquete se animó de nuevo. Repitióse la cancion, robustecida de repente por la bocina de Josepin, que repetia con un mugido el verso del estrivillo.

Si yo muero, que me entierren...

Este verso hirió el oido de Cármen como hubiera podido hacerlo una descarga eléctrica. La reaccion de cansancio, y tal vez de arrepentimiento, que habia sentido inmediatamente despues de la lucha, terminó de improviso.

Reflexionó un instante sobre su posicion, y sobre la necesidad de hacer desaparecer todos los vestigios del asesinato, y de dejar aquel lugar.

—Pero, dónde ocultar,—dónde enterrar aquel muerto?

La alcoba era pequeña, y solo contenia una cama sobre pequeños pies de madera, y cuyas tablas tocaban casi el suelo. Allí era imposible.

Ni un escondrijo, ni siquiera un rincón oculto en toda la habitacion.

Recordó que, mientras habia estado bailando tropezó muchas veces en una tabla descajada de su lugar, que cedia y casi se

hundía bajo sus pies. Dirigió sus ojos hácia aquel lado, y hallando la tabla se acercó á contemplarla.

Estaba poseida de un horror incomprendible: hasta el ruido de sus pasos, la asustaba. Su mirada era feroz, y su respiracion comprimida hacia latir su pecho en intervalos desiguales.

Tentó quitar la tabla, que resistió á esta tentativa. A un nuevo esfuerzo la madera se separó hasta cierto punto, del cual no pasó. Cármen fué á tomar el badil de la chimenea cuya estremidad introdujo en la juntura de las maderas. Esto hizo el oficio de una palanca, con cuyo auxilio crujó la tabla, y los clavos saltaron.

Cármen se encontró con un hueco exáctamente de la misma figura que un ataúd.

Cármen volvió los ojos. Su corazón desfallecia.

Pero esta debilidad no podia durar mucho. Sacudió vivamente la cabeza; y enderezóse á toda la altura de su cuerpo. Sus largos cabellos, bañados de un sudor frio, se agitaron en mechones apretados y lacios. Sus ojos serenos midieron sin pestañear aquella tumba.

La tumba y el cadáver eran de una misma medida.

Cármén se encaminó con paso firme hácia este.

El tragaluz situado á la derecha de la puerta, se abrió segunda vez, y encajóse de nuevo en él la misma cara, rubicunda, del cráneo afeitado y el largo mechón de pelo gris.

Los mismos parroquianos de la cueva hubieran reconocido con dificultad al *Salvage*, ya desembarazado de su diadema de plumas de colores. El era, en fin, el que ocultaba siempre cuidadosamente bajo su adorno de farsa, el mechón peculiar de los indios de su país.

Mr. Polypo, su amo, le habia dado un rincón y un pobre lecho en la hospedería.

Cuando alguna vez, despues de la fiesta, dejaban de cerrar al *gran gefe*, como á una fiera, en su cuchitril, salía durante la noche por los corredores con ese paso silencioso peculiar de los indios, dirigiendo á todas partes una mirada de niño curioso.

Su tabuco estaba situado precisamente debajo de la habitación donde habian cenado Cármén y Western, en aquella especie de entresuelo peculiar de las casas situadas en la calle de *Bons-Enfans* y la de *Valois*, que salen á un lado sobre el primer piso y al otro debajo.

Aquella noche la *hospedería* estaba llena. En todas las habitaciones habia bacanal, y los

mozos estaban harto entretenidos para poder ocuparse del *Salvage*.

Este, pues, aprovechándose de aquella libertad, iba de piso en piso, no sin ocultarse siempre á la aproximacion de los criados, curioseando con un placer estúpido aquel sin número de misterios de amor y embriaguez, protegidos por un cerrojo vacilante y un tabique carcomido.

La habitacion encarnada, como se llamaba en la *hospedería* el cuarto en que Carmen se hallaba á solas en aquel momento, habia atraído sobre todo la curiosidad del *gran jefe* que habia hecho girar los goznes de uno de los tragaluces, que le permitia verlo todo á su sabor.

En el momento en que el Salvaje metia su cabeza rasa por la abertura, Carmen se hallaba colocada entre él y el cadáver. Los hundidos ojos de aquel giraron al rededor, como buscando al otro personaje de aquella escena, sin llegar á distinguirle.

Entretanto, Carmen asió á Western por sus vestidos, y comenzó á arrastrarle hácia el hueco abierto en el piso; pero siempre colocada entre el cadáver y el salvaje, que hacia los mayores esfuerzos por ver...

Al fin, vió.

La cabeza y los hombros de Western, esta-

ban ya dentro del hueco... Cármen se colocó al lado opuesto para acabar de enterrar el cadáver.

Los ojos del *gran jefe*, se desencajaron.—Estremeció sus lábios, sin producir ningun sonido, pero murmurando claramente esta palabra para sí:

—El *Yanque!*...

Una impresion, parecida al interés poderoso que inspirá una escena de melodrama á un hombre sencillo del pueblo, se pintó en su semblante, animado de improviso.

Cármen frotó con el pié algunas manchas de sangre que manchaban el pavimento, cubriéndolas despues con ceniza.

Hecho esto, colocó la tabla en su lugar.

Una sonrisa de admiracion y de espanto apareció en los labios del indio. Su boca se abrió, dejando escapar una exclamacion gutural....

Cármen, ocupada aun en encajar la tabla, tembló de pies á cabeza, y se volvió hácia aquel lado.

Pero nada vió. La cara rubicunda del salvage habia desaparecido, y el tragaluz estaba cerrado.

Cármen se puso á escuchar. Ningun ruido se sentia, fuera de las voces enron-

quecidas y vinosas de los bebedores, que en vez de sus canciones, ahullaban á coro el *Libera...*

Se colocó Cármen la careta y se dirigió hácia la puerta.

En el momento en que, despues de descerrar el cerrojo, iba á tirar del picaporte, el mismo grito gutural que la habia asustado poco antes, volvió á resonar al otro lado de la puerta.

Despues la llave, puesta por el lado de afuera, rechinó dando una vuelta en la cerradura.

Cármen se sintió desvanecida: tembláronle las piernas, y se encontró sin fuerza para sostenerse. Sin embargo, tiró con violencia del picaporte.

Pero fue en vano. La puerta estaba cerrada.

VI.

Cinco bols de ponche.

Cármén permaneció un instante como herida de un rayo.

Existía sin duda un testigo de su crimen.

Había retrocedido algunos pasos hasta el medio de la habitación y tenía un pie colocado sobre la tabla que cubría el cadáver, como si hubiera querido sellarla con su peso.

Estaba con el cuerpo inclinado hácia adelante; los ojos clavados en el suelo, el pecho agitado y el oído atento.—Un vivo carmin había reemplazado la palidez de su hermoso semblante oculto bajo su careta.

Ningun rumor se había seguido á la esclamacion comprimida que resonára en el corredor.

Solo se escuchaba el ruido de la calle; donde el carnaval ya casi desalentado, chillaba sus últimas cánciones y las voces del piso superior.

Cármén escuchó durante un minuto, inmóvil como la estatua del espanto.

Despues se inclinó, y tomó del suelo el largo cuchillo con que Western habia querido defenderse poco antes.

Apretó fuertemente su mango de ébano; desplegó las arrugas de su frente, arrancóse la careta y fijó con resolucion sus ojos en la puerta.

En aquel acceso repentino de valor y arrogancia, soltó una sonrisa que desafiaba el riesgo cercano, y las ventanas de su nariz se inflaron con altivez á la idea del próximo combate.

Athenas se hubiera prosternado ante la aureola de aquella beldad belicosa, llamándola *Pallas*. Todo en ella respiraba entonces orgullo, arrogancia y desprecio absoluto del peligro.—En aquel momento, nadie hubiera abierto la puerta impunemente.

Pero la puerta no se abria: un silencio profundo seguia reinando en el corredor...

Aquella expectativa se prolongaba mucho, y el valor de Carmen se iba debilitando. El recuerdo del asesinato despertó de nuevo... Carmen volvió á estremecerse y á desfallecer, porque la idea del peligro se alejaba, y ella se veia sola con su crimen, encarcélada con un cadáver.

La arrogancia varonil de su actitud iba desapareciendo insensiblemente. Sus ojos inquietos vagaban alrededor de la estancia, buscando una salida que no existía... una salida que ella estaba segura de no encontrar. Un solo pensamiento se agitaba en su mente: huir! Huir de aquel lugar maldito en que cada objeto la hablaba sin cesar del hombre que yacia bajo sus pies... Huir de aquellas cortinas que su imaginacion le representaba manchadas de sangre; de aquella mesa donde aun quedaban los relieves de la última comida de Western asesinado; de aquel pavimento salpicado de ceniza, en el que creia ver una tabla que se agitaba lentamente, dejando salir gemidos lastimosos...

Habia vuelto en aquel instante á ser muger. Sentia remordimientos... se habia vuelto débil, y temblaba y derramaba lágrimas.

Arrojó entonces el cuchillo lejos de sí. Hubiera querido ver abrirse la puerta, no

para combatir ni para hacerse paso... sino por ver un viviente colocado entre su terror y la muerte.

Y cada instante aumentaba su insoportable angustia. Le era preciso huir de allí á todo trance.

Abrió una de las ventanas, y describió la celosía. La estancia estaba en el primer piso de la casa, por el lado de la calle de *Bons-Enfans*, mas las vistas daban á la de *Valois*. Por consiguiente, dos pisos la separaban del suelo.

Cármén midió esta altura, y tomó desde luego su partido.

Pasaba bastante gente por la calle; varias puertas estaban abiertas todavía; pero Cármén queria huir á toda costa.

Tiró de una sábana de la cama y probó á atarla á los hierros de la ventana.... Sus manos estaba débiles y torpes. Al fin, despues de muchos esfuerzos inútiles, consiguió atar, aunque mal, uno de los extremos de la sábana.

Arrojó la otra punta por fuera de la ventana, y asomóse á contemplar la altura que iba á salvar.

En aquel momento, vió un brazo que salia de la pared entre el primer piso, ocupado por un vinatero de la calle de *Valois* y

el piso en que se encontraba ella misma.

Aquel brazo agarró la sábana, y sacudióla fuertemente...

Cármense hallaba en esa disposición de espíritu, en que los nervios agitados influyen tan enérgicamente en la imaginación, que se asombra, se sobrecoje y todo lo que ve bajo formas fantásticas y sobrenaturales.

Aquella mano misteriosa, que se oponia á su fuga, le parecia una cosa del otro mundo. Pensó en el demonio, ya dueño acaso de ella, desde el reciente asesinato. Pensó tambien en aquel muerto que yacia bajo sus pies, y que acaso...

Aquella muger era naturalmente intrépida hasta rayar en temeraria; pero aun influian en ella los recuerdos de España y de Escocia, que son la patria de las leyendas sombrías y de los cuentos de brujas.

Echóse hácia atrás. Dentro de la habitacion circulaba un aire caliente y condensado, que olia á sangre.

Acosada por los fantasmas de su imaginación y por el horror de la realidad, Cármense cobró la audacia de la desesperación, y asomóse de nuevo á la ventana. Vió que el brazo salia de una pequeña abertura semicircular que debia servir de ventana á un camaranchon, situado sobre el primer piso. En aque-

lla abertura estaba asomada una cabeza morronda, con un solo mechón de cabellos grises.

Aquella aparición, iluminada á medias por la vacilante claridad de los reverberos, no era causa bastante para cambiar el curso de las ideas de Carmen.

El brazo continuaba sacudiendo la sábana, como para desatarla, y sus continuados esfuerzos iban acompañados de un murmullo sordo, lento y monótono.

Carmen se apoyó desfallecida en la ventana, y permaneció algunos minutos sin poderse mover.

Al cabo de este tiempo, sintióse en el corredor ruido de pasos, y el vidrio roto del tragaluz apareció dudosamente iluminado.

Los pasos se detuvieron junto á la puerta.

Imaginó Carmen que venían á prenderla.

Pero aquella era una circunstancia que la arrancaba de la horrible tortura de su situación. Sus ojos brillaron de júbilo, como para saludar á aquella peripecia, cualquiera que ella fuese, que venía á sacarla de la inerte indolencia de su horrible sueño.

Vuelta de aquel sueño, recobró nuevamente su fuerza de alma y de cuerpo... Volvíase á sentir con toda su terrible energía...

Los que acababan de pararse por fuera de

la puerta, hablaban en alta voz, y Cármen creyó escuchar palabras, á propósito de su situación.—Una mano vigorosa hizo girar la llave en la cerradura, sin lograr abrir la puerta.

Cármen miró por la ventana. La cabeza y el brazo habian desaparecido, pero la sábana, casi desprendida, no hubiera ya podido sostener el peso de su cuerpo.—Dominando con una sola ojeada su situación, recobró el cuchillo, tomó con la otra mano el badil de la chimenea, mató la luz, y colocóse detrás de las cortinas de la alcoba.

Entre tanto redoblaban sus esfuerzos los de la puerta. La llave giraba á todos lados en la cerradura, sin dar con el mecanismo para abrir. Pero esto no podia durar mucho. Iban á entrar.—Cármen estaba preparada.

Persuadida de que la gente reunida en el corredor eran los agentes de policia, encargados de prenderla, habia resuelto sorprenderles en el momento de su entrada, y abrirse paso á viva fuerza.—Estaba en guardia, esperando con ansia; pero sobre sí, y dispuesta á salir matando.

—Maldita llave! dijo con fuerza una voz bronca.

—Desquicia la puerta! replicó otra voz.

Malo ó bueno, el consejo se puso en prácti-

ca inmediatamente.

Dos ó tres patadas vigorosas hicieron el oficio del cerrajero, y el pestillo saltó al fin fuera de su chapa.

Cármén sintió doblarse sus rodillas... Entreabrió las cortinas y preparó el cuchillo; pero en vez del uniforme de los agentes, que ella temía, solo vió aparecer en el umbral al *buhó*, ya con cabeza de hombre, al *melon* y al *marinero-tenca* siempre con su imprescindible bocina.

Cármén dejó caer al punto las cortinas, y deslizóse detrás de la cama.

—Señores! señores! gritaba un criado en el corredor:—os digo que esa habitacion está ocupada!... vais á producir un escándalo.

—Este es el momento! respondió Josepín con su gravedad de borracho.

—Y este es el lugar! añadió con torpeza el *paro*.

—Luego el tiempo y el lugar constituyen la oportunidad!...—concluyó el *oso*, cuya piel, abierta por delante, parecía un paleótót.

Todos cinco, borrachos como ingleses, avanzaron sin ceremonia por la habitacion, iluminada á medias por la luz del mozo que iba el último de todos.

—Señores, señores!... volvió á gritar este, penetrando á su vez;—ya veis que la bugia está apagada... Aquí están un caballero y una señora...

—Do quier!... dijo el melon.

—Ay; amor, amor!... cuando te apoderas de nosotros, exclamó tiernamente el *pavo*,—bien podemos decir... adios, muchacho!

El *pavo*, al pronunciar esta variante del dístico de La Fontaine, cojió al mozo por los hombros, y quiso arrojarle fuera.

Pero el mozo estaba en ayunas, y hubiera sido capaz de arrojarles á todos con una mano...

—Señores, dijo él, despues de rechazar al *pavo*.—Sed razonables...

—Eso es, eso es! hablemos en razon.

—Es imposible daros esta habitacion, porque está ocupada.

—Ea, pues, danos otra.

—No lo hay... todo está tomado.

—Pues entonces esta misma.

—Es imposible!

—Pues danos otra!

Josepin era quien daba estas pruebas de su inflexible lógica.

—Vosotros teneis ya una! replicó el mozo;

—subios á la vuestra.

—La nuestra! repuso el *oso*;—no penseis

en semejante cosa... En la nuestra hemos dejado encerradas á nuestras mugeres, que se están durmiendo debajo de la mesa... semejante espectáculo es indigno de gente de nuestro calitre... Por otra parte tenemos un asunto importante que ventilar, y si esas débiles mugeres se despiertan, querrán bailar la galop...

—Ea!... gritó Josepin en este momento;— repite tus versos sobre la prudencia y el amor, Roby!... A pesar del frío, la dama y el caballero se han olvidado de cerrar su ventana.

—Temerario caballero! dijo Roby, el pavo;—dama inconsiderada!... Esponeis vuestros cerebros á un constipado!...

—Ea!... gritó ásperamente Josepin;—lo del caballero es una fábula... lo de la dama una quimera... Somos los dueños de esta estancia... Mozo!... cinco bols de ponche!

El mozo estaba montado á prueba de elocuencia...

—Quedaos, si quereis, dijo:—yo voy á buscar la guardia!

—La guardia! repitió Josepin;—he oido bien?

Josepin dejó la ventana y se acercó al mozo.

—La guardia! dijo;—qué relaciones posibles imaginas entre cinco bols de ponche y la

guardia, estúpido sirviente?... Sabes á quién estás hablando, á Josepin;—á un doctor médico, la esperanza mas legitima de la facultad de Paris... Estás hablando á Roby,—el pavo,—que tiene abierto delante de sus ojos un porvenir brillante, bien que no sepa todavía si llegará á ser poeta, cómico ó maquinista..... —Estás hablando á Emilio Durandin, que bajo su cáscara de melon oculta un alma ambiciosa y la esperanza de conquistar un dia el título de abogado...—Estás hablando á Leon Duchesnel, gentil-hombre disfrazado de oso....

—Sí... y qué?... preguntó el mozo con impaciencia.

—Este buho, continuó Josepin con solemnidad,— es Denisart.

—Y qué?

—No sabes tú quién es Denisart?

—No... dejadme salir!

Denisart y Durandin habian encontrado los dos vasos de kirsek, y bebian á la sordina.

—Esclavo! continuó Josepin—Denisart es un problema!

—Caballero, señora! dijo el mozo dirigiéndose á la alcoba,—tened un momento mas de paciencia; la guardia va hacer que acabe todo esto.

—Pero tu caballero, y tu señora, repuso

Josepin balbuceando, —se hanido por la ventana!

El mozo se adelantó hacia la ventana, y vió la sábana que Josepin habia descubierto primero.

—Se hanido sin pagar! gritó estupefacto; —al ladron, al ladron!

Corrió hacia la alcoba, descorrió las cortinas, y vió que no habia nadie en la cama.

—Al ladron, al ladron! clamaron los cinco borrachos, sosteniéndose los unos á los otros.

Cármén estaba acurrucada bajo la cama, y conteniendo la respiracion.

—Una cuenta de veinte francos! dijo el mozo atravesando la habitacion á paso largo;—no se saltan por esto dos pisos!... Habrán robado los cubiertos!

—Los cubiertos estaban sobre la mesa.—El mozo halló además sobre ella la bolsa de Western.

—Calla, calla!... murmuró sonriendo;—al menos han dejado propina!...

—Vamos, muchacho, vamos! dijo Josepin.

—Cinco bols de ponche! añadió Denisart.

—El mio con kirsch!

—El mio con rom!

—El mio con coñac!

—El mio con madera!

—El mio á la romana!

En fin, sirvientel!... ves á á este *buho*?

Josepin estendió la mano, y contó trabajosamente con sus dedos:

—Kirsch, rom, coñac, madera, á la romana... Me parece que son cinco; —justos y cabales... Despacha, lacayo, ó rompo mi bocina en tu cabeza.

El mozo no respondió palabra ni se movió tampoco. Estaba con los ojos desenchajados y la boca abierta mirando con estupor el hueco de su mano.

Acababa de vaciar en ella el contenido de la bolsa de Western, que guardaba veinte y cinco napoleones de oro.

Estaba estupefacto; creía soñar.

—Veinte francos de gasto, y cuatrocientos ochenta para el mozo... estos son parroquianos!

Roby le puso al oído la bocina de Josepin, y exclamó á quemaropa.

—Ni el oro ni la grandeza dan la felicidad!!!

El mozo aturdido dió un salto.

Los cinco borrachos le rodearon gritando:

—El ponche ó la muerte!...

El mozo salió tapándose los oídos.

Dejó Josepin su bocina en un rincon, Roby se despojó de su trage de *pavo*, Denisart de sus plumas de *buho*, Duchesnel de su piel de

oso, y Durandin arrojó lo que le restaba de *melon*.

Quedaron cinco jóvenes airosos, que se sentaron alegremente alrededor de la mesa.

—Está abierta la sesión, dijo Josepin;— quién pide la palabra?

—Yo! respondieron á la vez los otros cuatro.

Josepin se rascó la frente.

—No me es posible acceder á vuestros deseos, dijo;—y para evitar confusiones, me concedo á mí mismo la palabra... Pero ante todas cosas, ¿estais bastante borrachos para poder hablar convenientemente sobre asuntos serios?

—Estamos borrachos, respondió Durandin; pero podemos estarlo mas todavía... Aguardemos el ponche.

Todos repitieron á coro:

—Aguardemos el ponche!

—Y despues del ponche, dijo Duchesnel con cierta autoridad, callareis todos, y hablaré yo.

Mientras habian estado enmascarados, Josepin parecia ser el gefe de la banda; pero una vez descubiertos, se conocia que todos, incluso Josepin, guardaban á Duchesnel cierta deferencia; asi es que nadie protestó contra el derecho que él se arrogaba de hablar

el primero.

Cuatro mozos y M. Polipo en carne y hueso, llegaron bien pronto, trayendo cada uno un bol de ponche.

Los vasos se llenaron por turno.

—A nuestra fortuna! dijo Leon Duchesnel levantando el suyo.

—A nuestra fortuna! respondieron todos á coro vaciando sus vasos.

Llenáronlos nuevamente.

—A nuestro último dia de diversion!

—Por qué el último? preguntó Durandin; —todavía somos jóvenes...

—Bebe y calla!...

El coro repitió el brindis.

Duchesnel dejó en la mesa su vaso vacío y se levantó. El presidente Josepin chocó dos cucharas de ponche como reclamando atención.—Durandin, Roby y Denisart se colocaron de codos sobre la mesa.

Cármén desembarazó lentamente la cabeza de entre las cortinas que la ocultaban, y preparóse á escuchar.

El Talisman.

Divertirse siempre, dijo Duchesnel, y sin obstáculos, es la cosa más enojosa del mundo, porque cuando el placer cuesta algo, se convierte simple y puramente en estupidez. Nos vamos haciendo viejos; yo tengo veinte y tres años. A esta edad, Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia, había ya hecho su carrera...

—Napoleon... interrumpió Roby.

—Cállate!... Evidentemente la juventud es la edad del cálculo, como la edad madura es el tiempo de la apatía... A los diez y siete años

se reflexiona mejor que a los treinta... Un chico de doce años, si pudiera divorciarse de los trucos y la peonza, asombraría al mundo. De aquí se sigue que todos nosotros estamos muy atrasados, y que cada pelo de barba que nos sale, es un síntoma alarmante de decadencia moral... ¡Bebamos!

Apresuróse la asamblea a obedecer y volvió a poner en seguida los codos sobre la mesa.

Leon había pronunciado con un tono á la vez dogmático y ligero esta serie de proposiciones descabelladas. Sus opiniones estrañamente paradójicas producian una especie de fascinacion en las inteligencias embotadas de sus compañeros, que comprendiendo las palabras se perdian al querer seguir los fantásticos giros de la idea. Sin duda estaba Leon tan borracho como los demas, pero disimulaba mas los efectos de su vino. Su expresion era clara, segura, incisiva, y sus ojos ligeramente inyectados de sangre, despedian á veces vivos destellos de razon.

Era un jóven de talle elegante y bien formado, aunque algo enflaquecido por los excesos de una disipacion precoz. Su semblante correspondia á su cuerpo. Un semicírculo profundamente señalado rodeaba sus ojos que destellaban rayos de inteligencia, frecuente-

mente contenidos por la inclinacion periódica de unos párpados cansados. En su frente, coronada de negros cabellos, mezclados de algunas canas, aparecian algunos pliegues que no podian considerarse como arrugas.

El banquete no habia conseguido colorear sus mejillas pálidas y enfermizas. Pero en sus labios brillaba una sonrisa fina y jovial, cuya espresion burlona aparentaba cierto aire de franqueza.

Por lo demas, su rostro era noble y atractivo, y manifestaba cierta energia, aun en medio de su habitual postracion y su indolente indiferencia.

Josepin, que estaba sentado á su derecha, era un joven alto, rubio, y de un aire tímido y bondadoso, que acaso desaparecia en aquel momento en que el ponche iluminaba y oscurecia por intervalos sus ojos de un azul claro.

La cara de Roby, el pavo, conservaba, aun bajo la cómica gravedad de la borrachera, cierta espresion de idealismo arrogante y descarado: debia ocultarse la astucia bajo de aquella frente cómica, pero una astucia atolondrada. Roby era un guapo muchacho; tenia algo de camorrista, pero era un camorrista prudente, desde el momento en que co-

menzaban á romperse los platos. Su actitud parecia una frase romántica. Era feliz con tal que su chaleco se distinguiese desde lejos.

Habia en Roby algo de actor de provincia y de estudiante de medicina.

Durandin era un hombre de cabeza redonda y rostro risueño; un gordo sin malicia que ponía todo su cuidado en parecer tonto. El traje que habia escojido para disfrazarse era una especie de emblema. Habíase disfrazado aquella noche bajo la cáscara de un melon, como se disfrazaba ordinariamente bajo una apariencia de aturdimiento imbecil.

Por lo que hace á Denisart, á quien Josepin habia llamado emblema, y á quien ya hemos visto bajo las lúgubres plumas de un buho, era un personaje flaco, anguloso, *solemne*, de mirada falsa y voz enfática. No podia determinarse su edad por el exámen de su fisonomía, pero parecia el menos jóven de la comparsa; su frente medio calva representaba treinta años por lo menos. Su vestido era rigurosamente negro, á escepcion de la corbata que era blanca y cuyas puntas caian sobre la camisa. Este personaje repugnaba completamente. Esparcia á su alrededor un olor de hipocresia, mezclada del pedantisme

envejecido de un catedrático. En aquel momento estaba agoviado por la embriaguez. Su nariz roma estaba colorada como un carbon encendido, y sus labios hundidos aparecian tan pálidos como sus mejillas. Un resto de arrogante gravedad mezclado á estas señales de la orgia, hacian su aspecto mas repugnante y odioso.

—Todos habian bebido mucho. Josepin reclamó de nuevo el silencio. Duchesnel continuó:

—Señores, existe un Dios, puesto que el mundo está organizado; por otra parte nuestro sublime Beranger, en un momento de ingenuidad, se ha dignado proclamar su existencia. Pero el mundo está mal, porque existe tambien un diablo.

«Esto podria pareceros pueril, si yo no me apresurára á añadir que estamos espuestos á tirarle de la cola todos cinco, dentro de poco.»

«La vida del hombre es desmesuradamente larga. No se necesitan mas que dos ó tres años á los mas bien empleados, para disfrutar todos sus goces; y ya veis que algunos tiran hasta las tres cuartas partes de un siglo. Estos son de dos clases; los unos tienen dinero y su vejez es un sueño tranquilo; los otros no lo tienen, y su vejez es una pesadilla.»

Luego, nuestra estúpida civilización no permite á los jóvenes adoptar la sabia costumbre iroquesa que establece como un deber, estrangular á todo el que ha cumplido cincuenta años.»

«Esto es inicuo! Cada uno de nosotros está espuesto, por los defectos de esta legislación incompleta, á llevar peluca el día menos pensado, y á comer chuletas con dientes postizos...

—Es preciso suicidarnos, dijo Roby, horizado con aquella pintura.

—Yo tengo en el bolsillo un poco de hidrocyanico, añadió el doctor Josepin con toda la dignidad de un hombre de la ciencia;—cuatro gotas en cada vaso de ponche y...

Durandin y Roby acercaron sus vasos; Denisart separó al suyo. Duchesnel se encojió de hombros.

—Esperemos siquiera al último vaso! dijo este—y callad...

«El dinero no es nada. Si tiene algun valor, es porque todo lo demas es menos que nada. En medio de esta nada los hombres se afanan buscando sin cesar alguna cosa. La felicidad consiste en la esperanza de hallar la felicidad.»

«Cuando creemos haberla encontrado estamos ya declinando... El hastio sucede á el

afan... Todos los filósofos convienen en que el logro es una calamidad. —Bebamos!»

—Todos los vasos se llenaron y volvieron á vaciarse. El de Denisart se llenó y vació dos veces.

—En consecuencia, continuó Duchesnel, cuyos ojos giraban errantes por el pavimento; —en consecuencia, lo mas acertado para nosotros es hacernos millonarios.

—Eso es evidente! dijo Josepin.

—Incontestable! apoyó Roby.

—Y es extraño, estúpidamente extraño, añadió Durandin, —que una idea tan sencilla no se nos haya ocurrido antes.

—No es una idea! murmuró Denisart.

—Es un hecho, replicó friamente Duchesnel. —Tambien es una antigua idea. ¿Teneis confianza en mí?

—Vive Dios! gritaron todos; —vamos á beber á tu salud!

—Bebed. Habeis comprendido bien todo lo que he dicho?

—No, respondieron á coro.

—Pues bien, prosiguió Duchesnel, cuya intencion habia sido hasta entonces ayudar á los vapores del ponche, para aturdir mas y mas á sus compañeros, con una andanada de palabras; —pues bien, os juro, por mi honor, que tengo un medio de haceros ricos á todos.

—Un talisman? preguntó Durandin.

—Un talisman! respondió Duchesnel.

La embriaguez inspira á veces una credulidad estraña: todos y hasta el mismo Deni-sart, abrieron los ojos; y hubo un instante de profundo silencio.

Durante este silencio, Carmen oyó en el piso inferior un ruido sordo y periódico como de unos martillazos dados con precaucion bajo de las tablas del pavimento. Este ruido estaba acompañado de aquel murmullo monótono y lento, que habia oido ya cuando una mano misteriosa habia sacudido la sábana preparada para su fuga...

—Un talisman, repitió Duchesnel; un verdadero talisman! Pero es necesario que vosotros me ayudeis lealmente á ponerle en juego... Desde luego ninguno entre vosotros habrá dejado de tener su sueño dorado de un porvenir más ó menos estravagante é imposible... No hay ninguno, además, que no haya hecho esfuerzos por alcanzar el fin deseado. Es necesario que yo sepa ese fin y esos esfuerzos. Abridme vuestro pecho por turno... Tú, Durandin!...

—Yo!... balbuceó este, querria sobre todo....

—Tú! Durandin, tú!... exclamaron á cor los demas.

—Lléveme el diablo si sé yo... dijo Durandin;—á fé mia... el asunto es fácil. He conocido un abogado gordo, que era de seguro el mas venturoso de los hombres... Esto ha decidido mi vocacion... Mi objeto es comprar un bufete de abogado...:

—Y tus medios?

—Ni un maravedí!

—Mi talisman te viene justo como un guante.

—De veras?

—Lo juro!... Tú, Josepin!

El rubio doctor no se hizo de rogar.

—Yo... esto es otra cosa... Mi objeto es razonable y cuento con medios positivos.—Mi deseo es apalear el dinero en mi gabinete; mis medios son mis buenos estudios...

—Tienes parroquianos? preguntó Duchesnel.

—Tengo uno, respondió Josepin;—un pobre diablo, que se muere y me da cien escudos al mes...

—Diablo! dijo Durandin;—qué precio cobras por cada visita?

—Psi!... dijo el doctor; no hemos hecho ajuste.

—Cómo? preguntó Duchesnel.

—Es una historia, respondió Josepin;—es un secreto... Pero vosotros sereis prudentes

y callados...

—Como la tumba, Josepin!

—Figuraos que no es el enfermo el que me paga, sino su mayor enemigo...

—Para matarle?

—No, á fé mia, no!... Yo no soy á propósito para... Pero para... ya me entendéis... para ver... para saber...

—Para espiar?

—Una cosa parecida... Principalmente para acechar la llegada de un quidam que ha de venir de América con papeles... Es necesario deciros que el que me paga mis visitas tiene pleito con mi enfermo.

—Eso es inmoral, dijo Denisart.

—Tal vez, mi buen Caton;—mas yo soy quien ha pagado el convite y... ya veís, solo tengo un parroquiano... Lo importante es hacerle valer... Desgraciadamente el otro quidam ha llegado esta tarde... y temo por mi asignacion.

—Cómo se llama tu enfermo? preguntó Duchesnel.

Josepin hizo un gesto de menosprecio.

—Psi!... no tiene nombre, respondió;—al hablar de él decimos siempre el hombre de la buardilla.

—Y el que te paga?

—Ah! ah! refunfuñó Josepin;—si él supie-

ra que yo decia su nombre á cuatro calaveras como vosotros!... Pero, sereis discretos?

—Como la tumba!

—Pues es... es... sí... es Mr. el duque de Compans-Maillepré.

Este nombre no produjo la menor impresion en los tres convidados; Duchesnel golpeó sus manos una con otra, diciendo:

—Josepin, vales mas oro que pesas, y mi talisman te viene pintado!

Cármén, desde el fondo de la alcoba, aplicó el oido al oír el nombre de Maillepré-Compans. —Entonces, y durante un momento en que los bebedores llenaban los vasos en silencio, oyó ella de nuevo aquel ruido continuado que resonaba al parecer en la parte inferior del piso, siempre acompañado del sordo y monótono refunfuño...

—Muy bien, Josepin, repuso Duchesnel; —mañana me darás pormenores de esa historia, porque, asi como me ves, yo estoy en relaciones con Mr. el duque... —Vamos á tí, Roby.

—Señores, dijo este último; —yo soy natural de Tours en Turena. Mi padre era fabricante de...

—No se trata de eso, interrumpió Duchesnel —al caso!

—Al caso! repitió Roby; —el caso es que

seria una diablura, si tu talisman no me abriese un camino... Yo tengo muchas cuerdas que tocar!... Soy un poeta, y solo me falta un editor para hacer rabiar de envidia á todos los clásicos del imperio... Soy actor: Talma renacerá cuando el *Teatro-Francés* me abra sus puertas... Sé perfectamente la teneduría de libros... He inventado una máquina, cuyo mecanismo, si hubiera de esplicarle detalladamente, seria obra de nunca acabar; pero que será algun dia la gloria de mi pais... No es así?

—Con la ayuda de mi talisman, te será mas fácil elegir.—Denisart, llegó tu vez.

—Yo no creo en talismanes, respondió este.

—Pero crees en el dinero: Yo te lo ofrezco.

—Lo tienes tú? replicó Denisart, fijando en Duchesnel una mirada ambigua.

—Tengo lo bastante para comprar veinte veces á un hombre de tu valía! dijo Duchesnel.

Denisart bebió un enorme vaso de ponche.

—Yo necesito la friolera de mil quinientos francos, repuso este—para imprimir mi folleto en mal papel de estraza.

—Qué es lo que contiene tu folleto?

—Ah!... respondió con empacho Denisart;

—lo que contiene mi folleto!... No contiene siquiera diez pensamientos... no contiene mas que un pensamiento... claro está que es bueno...mas si os lo digo me lo robareis y...pero estoy borracho...

Denisart tomó su bol de ponche con las dos manos, y bebió. Duchesnel hizo seña á los otros para que callasen.

Denisart continuó:

—Estoy borracho... ni el rey mismo me impediria charlar... Hé aqui mi pensamiento... este es un pensamiento!... Hasta el presente, no se ha explotado todavia bien la miseria del pueblo... El pueblo no tiene que comer, pero el pueblo lee... El pueblo tiene siempre en el bolsillo de su blusa rota para pagar al abogado que aparenta tomar su defensa... Decid al pueblo: tú eres un excelente pueblo... no hay nada en el mundo tan grande, tan sublime como tú!... Yo admiro tu grandeza!... Yo vierto lágrimas de sangre al contemplar tus penas...

Denisart se interrumpió con una carcajada repugnante.

—Decidle esto, continuó;—y os dará su último céntimo... Decidle además: O pueblo, algunos de tus hijos roban y asesinan en las calles... Los tribunales que les condenan son estúpidos... porque si aquellos desgraciados

obran mal, es porque la sociedad ingrata se ha olvidado de asignarles una renta de mil libras... Un gran número de tus hijas se prostituyen... pero lo hacen por reunir economías para imponerlas en la caja de ahorros... Por otra parte... Dios mío!... Quién podrá reprochar á estos pobres ángeles!... quién! El vil egoísmo del poderoso les precipita al abismo... El pobre peca, pero los ricos tienen la culpa!!! El pobre es un cordero... el rico es un tigre... Y cada vez que uno de estos desgraciados tiene la flaqueza de estrangular á un transeunte en medio de la calle, se debería guillotinar á un marqués, ó quemar á un obispo...

—Eso es profundamente filosófico! dijo Durandin;—ademas seria ejemplar.

—Qué diablo de Denisart! añadió Josepin.

—Pero, Denisart, añadió Roby,—yo te creía un hombre moral...

Duchesnel le miró con una especie de asombro desdeñoso.

Denisart soltó una sonrisa cinica.

—En estas materias, repuso,—no se toma dinero sin dar moral... Son precisas ciertas palabras, para que los tontos digan de uno: este generoso escritor, este corazon compasivo y humano! Ah! el pueblo,

el pueblo!... Un millón de sueldos suman cincuenta mil francos!!!

Se levantó de la silla é hizo una pirueta con mucha gracia.

—Viva el pueblo! gritó;—yo veo en su indigencia el manantial de veinte fortunas!... Saludadme vosotros!... Yo soy el autor de las teorías generosas, humanitarias, edición de cien mil ejemplares!... Soy el apóstol de la caridad moderna!... ¿Cómo llamaríamos todo esto?... Bah!... ya lo bautizaremos con un nombre, porque toda farsa necesita un título... Por ahora, y por lo que á mí hace, me contentaré con el nombre usual de filántropo!

Denisart metió su cabeza en el bol de ponche y calló.

—Es todo un pensamiento! dijo Duchesnel;—dudo que al mismo diablo pudiera ocurrírsele otro mas infernal... seria preciso recorrer todo el infierno para encontrar otro mas infame... Pero, en fin! Denisart, mi talisman puede tambien descender á tales infamias...

—Infamias... infamias!... refunfuñó Denisart;—hé aqui otra palabra que importa repetir con frecuencia... El pueblo gusta de voces campanudas... Agita sus manos con calor, siempre que Bobeche le habla de la

ciencia social ó de la filosofía... Arroja coronas al charlatan descarado que le engaña... Ah! ah!... esta es una mina de oro!... Llegar á ser el dios de los traperos, esplicando economía politica en un melodrama!...

—A mi vez, dijo Duchesnel;—debo tambien deciros mi deseo... no seré muy largo... Tengo aficion á la diplomácia...

—Son menester grandes protectores para llegar á ser cónsul, dijo Durandin.

—Sin duda... Esta es mi vocacion. En cuanto á los medios... os aseguro, camaradas, que solo tengo mi talisman...

—Y qué talisman es ese? preguntaron á la vez Josepin y Roby.

—Las mugeres, respondió Duchesnel.

La asamblea hizo un gesto de desaprobacion y menosprecio.

—Eso es tan antiguo como Alcibiades! exclamó Roby.

—Eso es estúpido, como una idea de Vaudeville! dijo Denisart.

El doctor y Durandin dijeron cosas todavia mas oportunas.

Duchesnel impuso silencio con un gesto imperioso.

—Vuestro papel se reduce á oir y beber, dijo;—poned todo vuestro cuidado en comprenderme, y no me interrumpais. Otros an-

tes que yo (ya lo sé) se han servido de las mugeres como de una escelente escalera... ahí está la historia para proclamar á gritos que esta escalera tiene infinitos pasos, y puede llegar hasta el trono...

—Si se trata de conspirar, dijo Denisart, me retiro...

—Yo no invento, continuó Duchesnel sin tomar en cuenta la interrupcion;—yo no invento, perfecciono... Una muger puede resistirse á un hombre... pero ¿dónde hay muger que se resista á cinco?

—No hay ninguna, dijo Josepin con acento de conviccion.

—Ese dichoso Fenix añadió Roby—está todavía por venir.

—Sobre todo, si los cinco hombres son de provecho, observó Durandin poniéndose erigido.

—Señores, continuó Duchesnel;—ya sabia yo que unos hombres de vuestro talento, no podrian desconocer por mucho tiempo la escelencia de mi plan. Es tan sencillo como sublime.—Nosotros hacemos una liga ofensiva y defensiva contra todas las mugeres... por esta sola circunstancia cada uno de nosotros quintuplica todas sus facultades á la vez... cada uno de nosotros se hace seguramente irresistible.

—Es positivo, dijo Josepin,—bebamos!

—Todo eso es muy bueno, dijo Denisart volcando su bol con un suspiro;—pero á mí se me ha acabado el ponche.

Roby tiró del cordon de la campanilla, y apareció un mozo.

—Otros cinco bols de ponche! dijo Roby.

—No es suficiente! balbuceó Denisart.

—Escuchad un momento, repuso Duchesnel:—una vez supuesta la posibilidad de triunfar de todas las mugeres, qué obstáculo puede oponerse á nuestros planes?... Tú, Durandin, adquieres el precio de tu plaza, tú, Josepin, reunes parroquianos, te haces doctor con baston de puño de oro, despues doctor en carruage, y últimamente llegas á ser médico de cámara...

—Yo llego á sentarme en la Academia de medicina! exclamó Josepin entusiasmado;—y hago pedazos á Brousseais bajo las ruedas de mi coche...

—Tú, Roby, continuó Duchesnel,—tú llegas á verte naturalmente en el Instituto, en el Teatro-Francés, ó en la esposicion...

—En todos tres! dijo Roby.

—Tú, Denisart, te hallas en cualquier bolsillo de seda los primeros fondos para tu diabólico comercio...

—Oh! el pueblo!... escelente pueblo!...

murmuró compungido Denisart.—Dos millones de sueldos componen cien mil francos!...

—Yo, en fin, continuó Duchesnel,—gracias á cierta Duquesa, llevo de un golpe á secretario de embajada, por lo menos, y despues...

—Ea! exclamó Durandin;—cuento ya con mi bufete.

Todos contestaron á coro, llenando la habitacion de gritos tumultuosos.

—Pero no es esto todo, dijo Duchesnel;—ya conoceis que en un asunto de tanta importancia, es fuerza que medie entre nosotros un compromiso formal...

—Yo no firmo nada, replicó Denisart; como un hombre que conoce por desgracia todos los inconvenientes de una escritura.

—Un juramento! exclamó Durandin.

—Un juramento solemne! añadió el doctor.

—Un juramento formidable! repuso Roby;—justamente estuve ayer en la Opera... sé una fórmula escelente... os la voy á cantar...

Levantóse, pues, colocó una mano sobre el corazon, y abriendo tamaña boca, comenzó á cantar de improviso:

Yo os tomo por testigos, peñaseos de estas
playas...

La puerta se abrió, y M. Polypo con sus
cuatro criados entró por segunda vez en
la habitación, y dejando el ponche sobre la
mesa, volvieron á salir; no sin hacer mu-
chas cortesías á tan escelentes parroquianos.
—Durandin corrió el cerrojo de la puerta.

—No hay que chancearse, Roby! dijo se-
veramente Duchesnel;—se trata de un asunto
muy formal.

—Lléveme el diablo, si la *Opera* es cosa de
chanzas... replicó Roby.

—Cállate!... aqui se trata de nuestro por-
venir... Levantémonos y juremos.

—Pero al menos, interrumpió otra vez el
incorregible Roby,—mudemos de ilumina-
cion... y apagó las bugías de un soplo, y la
escena quedó iluminada por el resplandor
azulado del ponche.

Los cinco convidados estaban de pié.

—Esto es sorprendente, dijo Durandin me-
dio asustado;—sorprendente; vive Dios!

—Seria magnifico, replicó Roby—si estu-
viéramos colocados con simetria, tres á un la-
do de la mesa y tres al otro como en la *Ope-
ra*...—pero somos cinco y...

—Somos seis! pronunció detras de él una

voz dulce y sonora.

Los cinco comensales se miraron unos á otros; como para preguntarse quién habia hablado.

En efecto, eran seis. Entre Roby y Denisart, frente á frente de Duchesnel, habia una muger, cuyo rostro se ocultaba bajo una máscara de seda.



VIII.

En el que se entierra el martes gordo.

Aquella escena estaba iluminada por la llama del ponche, que daba á todos los objetos un color livido.

La aparicion inesplicable y repentina de aquella muger enmascarada, habia producido en los convidados una especie de asombro

estúpido mezclado de espanto.

No es posible explicar la impresion que produce en la embriaguez cualquier choque inesperado y repentino. Los bebedores tenían fijos sus ojos desencajados en aquella fantasma, á la cual daba un aspecto extraño el resplandor pálido y vacilante del alcohol inflamado. Denisart y Roby, que eran los mas inmediatos á ella, habian retrocedido llenos de terror.

Entre tanto, la fantasma estendió sus brazos y encendió sucesivamente entrambas bugías.

Los convidados no pudieron reconocer á Cármen bajo la máscara que ocultaba su rostro, si bien tuvieron ocasion de admirar las proporciones elegantes de su talle, y la nobleza encantadora de sus movimientos.

Desvaneciöse su terror. No era mas que una muger, y una muger encantadora... Solo les restaba saber cómo se habia introducido en la habitacion, estando cerrada la puerta... la luz de las bugías iba volviendo á cada uno su valor. Roby tomó una mano de la desconocida y la llevó á sus labios con cierta galanteria. Denisart colocó su ponche fuera de todo alcance.

Josepin sentándose, no sin lanzar un suspiro de consuelo, dijo:

—Yo siempre creí que seria alguna de nuestras mugeres!

El buen doctor mentia: á la entrada de Cármen habia pensado en el diablo.

Solo Duchesnel parecia poco satisfecho de aquel acontecimiento.

—Hermosa máscara, dijo este con tono áspero;—tú has equivocado la habitacion, y nosotros no queremos abusar de la casualidad que nos ha proporcionado tu visita...

—Mi venida aqui no ha sido casual, respondió Cármen;—habeis manifestado el deseo de ser seis, en vez de cinco;..... héme aqui para cumplir vuestro desco.

—Bien dicho! añadió Roby;—esta es una señora que quiere divertirse... Yo no me opondré...

—Mozo, un vaso para Madama! gritó Durandin, cuya lengua se iba entorpeciendo visiblemente.

—Habeis escuchado nuestra conversacion? preguntó Duchesnel arrugando las cejas.

—De cabo á rabo, respondió Cármen.

—Y qué pretendéis?...

—Tomar parte en vuestra empresa.

—Pero eso, dijo Josepin con una carcajada, no me parece muy posible!...

—Y por qué?

—Por qué!... replicó Duchesnel secamen-

te;— porque nosotros nos proponemos llegar á un fin, por medio de las mugeres, y vos sois una muger...

—Eso importa poco! dijo Cármen; yo me propongo lo mismo por medio de los hombres...

—Bravo! exclamó Roby sacudiendo las manos.

Duchesnel era sin duda entre todos cinco el que mejor se habia conducido hasta entonces; pero el choque de aquella impresion inesperada le habia hecho perder su ordinaria sangre fria, y roto en algun modo la barrera que su voluntad oponia á la embriaguéz.

Se turbaron sus ojos, y una nube oscureció su razon ya media perturbada.

Quiso beber para reponerse de nuevo.— El medio no era el mas á propósito.

—Vive Dios! gritó haciendo un esfuerzo para sostenerse;— es admirable que no sea uno dueño de su casa!... Pero...

Y comenzó á espantar con la mano ese enjambre de moscardones imaginarios, que revolotean zumbando en torno de las sienas de los borrachos. Despues se sentó riéndose con una espresion de felicidad.

Los demas parecian muy contentos. Duran-
n, medio adormecido, preguntó con inquietud:

—Por qué se duplica Denisart?... hay acaso dos Denisart?...

—No es Denisart el que se duplica, dijo Josepin, es su vaso...

—Veamos!... veamos!... exclamó Duchesnel, que se esforzaba desesperadamente por anudar el hilo de sus ideas;—las mugeres!... pardiéz!... Haremos nuestra fortuna!.....

—Sí;... balbuceó Durandin;—pero si Denisart se duplica, yo no me mezclo mas en nada!...

—Siéntate, hermosa máscara, repuso Duchesnel;—bebe!... habla!... haz lo que quieras!...

Cármén permaneció en pié. Tenia los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos lanzaban fuego por las aberturas de la careta, y su mirada recorría lentamente y uno por uno á todos los convidados... En aquel semblante de seda habia sin duda un pensamiento.... porque si bien faltaban esos músculos que hablan en su mudo language, bajo un cútis fino sus ojos brillaban, y se leía en ellos....

Leíase allí el triunfo del que agoviado por un escesivo peso, encuentra en su camino una espalda á quien echar su carga;—leíase tambien la lisonjera felicidad del señor que

cuenta sus vasallos recientemente subyugados.

—Ya nos hemos encontrado antes esta noche, dijo dirigiéndose mas particulamente á Duchesnel;—os conozco... vos sois el que llevaba una piel de oso, no es verdad?

—Verdad es, respondió Duchesnel;—por qué me haceis esa pregunta?...

—Por nada... Ya hablaremos... Y tambien es vuestro el lindo puñal que llevaba aquella escamadora...

—Un verdadero puñal romano, bella máscara!... He hecho gravar sobre su mango de oro mis armas y mi cifra, al lado de las de la marquesa Farnesi, la mas loca criatura de los Estados Pontificios.

—Nuestro amigo Leon, hizo observar Roby con un tono grave,—ha viajado mucho, y se le ha podido ver en todas partes galantear á rubias y á morenas, amar, suspirar...

—Os aseguro, dijo Cármen á Duchesnel,—que la idea de haber hecho gravar vuestra cifra es excelente y os servirá... Pero bebed, mis alegres compañeros! añadió cambiando de tono;—Quiero haceros compañía; bebamos por el buen éxito de nuestro proyecto y por nuestra sociedad amorosa!... El pensamiento es hermoso y grande!... pero os hacia yo falta!...

—Si la mesa dá vueltas, balbuceó Durandin, me enfado!...

—A fé mia! es cierto que nos hacias falta, hermosa máscara! dijo Roby;—ninguno sabiamos poner el juramento en música... sabes tú?

—El juramento! el juramento! interrumpió Duchesnel que habia vuelto á su idea fija;—necesito que me ayuden para conseguir mi duquesa...

—Yo te ayudaré, yo, dijo Cármen.

—Pues qué la conoces?

—Mucho.

—Pero yo no te he dicho su nombre.

—Yo le he adivinado.

Duchesnel miró á Cármen con una especie de desconfianza supersticiosa.

—Le he adivinado, continuó Cármen, y te doy mi aprobacion... Considerada como escabel la señora Duquesa de Compans-Maillepré es lo mejor que se podia hallar...-

—Quién eres? quién eres? murmuró Duchesnel.

—Ah!... ah!... dijo Josepin;—la Duquesa!... nada menos, compadre Leon!

—Pero, prosiguió Cármen,—el último paso de esa escalera está mas alto que tu cabeza... te será menester saltar...

—Yo quiero saber quién eres! exclamó Du-

chesnel lanzándose hácia Cármen para arrancarle la careta.

Rechazóle la jóven sin esfuerzo lejos de sí, con el vigor que ya conocemos, y replicó:

—Tú sabrás quién soy, pero ten un poco de paciencia... Antes voy á decirtelo que quiero... estais locos en verdad, compañeros míos, para pensar entrar en campaña sin tener un espía por lo menos en el campo enemigo,— con cinco bolsillos vacíos,— y apoyados solamente por un juramento de borrachos... Tú, Duchesnel, tú no has visto mas que el fin... Creyéndote superior á tus compañeros, has querido subir sobre sus hombros para alcanzar lo que estaba fuera de tu alcance... Para engañarlos mejor, has escogido una hora de borrachera, sin pensar, porque tú mismo estás borracho, que la orgía es olvidadiza y sus palabras se las lleva el viento... En cuanto á estos alegres bebedores, han comprendido tu pensamiento segun la altura de su razon, y no han visto en él mas que una divertida chanza.

—Es falso! dijo Duchesnel.—Josepin! Roby! Denisart!... me habeis comprendido, sí ó no?

—Yo, dijo Josepin,—lo comprendo todo, porque he hecho grandes estudios...

—La prueba de que yo he comprendido,

añadió Roby, —es que he cantado la fórmula del juramento...

Denisart guardó silencio, y Durandin balbuceó con aire consternado:

—Ahora no es la mesa la que da vueltas, es el techo!...

—Ya lo ves, replicó Cármen, dirigiéndose siempre á Duchesnel;—qué quedará mañana de tu obra de esta noche?

Y antes que Duchesnel hubiera tenido tiempo de responderla, continuó con voz clara y breve:

—Tu idea merece algo mas que los honores de una farsa burlesca, pero no eres tú capaz de llevarla adelante... Quieres vendermela?...

—El precio? preguntó Duchesnel á la ventura.

—Una entrevista con madama la Duquesa de Compans-Maillepré.

—Acepto! contestó Leon.

—Ya! dijo Josepin,—conque esta jóven es la conserje del palacio de Maillepré!

—Acaso, replicó Cármen;—por lo menos, doctor, la carta que has escrito al duque hoy al mediodia, ha pasado por mis manos... y podrás convencerte ahora mismo de que es muy peligroso reunir el empleo de espía con el de médico. Asi escuchadme sin interrumpir.

pirme... La idea es mia; yo la he comprado.

—Y estás en posicion de pagar el precio convenido? dijo vivamente Duchesnel.

—Te doy mi palabra... Siendo la idea mia puedo usar de ella á mi placer... y sin embargo os hago partícipes... Pero no se trata aqui de un pacto ridiculo... Es necesario que estemos unidos por un lazo sólido, irrefragable... Yo lo quiero!

—El rey dice *nos queremos*... murmuró Roby.

—Yo lo quiero! repitió Cármen con fuerza; vosotros tendreis en mi un auxiliar, pero es necesario que yo encuentre en vosotros instrumentos dóciles... Yo os serviré porque me interesa. Príncipe de la ciencia, letrado, industrial de renombre, economista, diplomático; cada uno de vosotros tendrá el lote que ha escogido, y cada uno de vosotros me deberá el diezmo de su poder adquirido.

—El diezmo ha sido abolido! repuso Denisart.—Era inmoral!

—En cuanto á eso dijo Josepin,—si yo llevo á conseguir que me paguen las visitas á dos luises, pagaré de buena gana cualquier cosa.

—Pero, observó Duchesnel, en quien un destello de razon dominó en este momento la

borrachera;—qué quieres hacer de nosotros y de nuestro apoyo?... cuál es tu designio?

—Mi designio!... respondió Cármen;—sé yo acaso darme cuenta de mis deseos?...

Aquí se interrumpió y pareció titubear. Su mirada perdió su acerado brillo, y se dirigió reflexiva hácia el cielo.

—Mi designio!... continuó en voz baja y como hablando consigo misma;—tengo veinte años y soy hermosa... No he amado nunca... mi cuerpo está virgen; mi alma desconoce hasta los deseos... Dicen que hay en el amor goces que embriagan... Mi objeto es ser amada como no lo fué jamás muger alguna... Amada con delirio, con locura... Mas aun, con recojimiento, con culto... Adorada! adorada!

Habia cruzado sus manos; su voz temblaba y se perdía á veces en inflexiones de una dulzura infinita.

Algunos minutos hacia que nadie bebia. La orgía se iba debilitando. Los convidados escuchaban, como en medio de un sueño, la suave música de aquella voz que hablaba de amor.

Hallábase Cármen en una actitud indolente. Su cabeza estaba inclinada bajo el peso de una voluptuosa langidez. Asi permaneció durante un minuto; despues enderezóse su cuer-

po á toda su altura, y sus cabellos negros ondearon por sus espaldas como la cola de un casco.

—Mi designio!... continuó de nuevo;—soy fuerte... puedo pensar y herir como un hombre!... Puedo meditar y ejecutar... Mi designio es ser poderosa!... Tambien el poder debe tener sus goces y su embriaguez!... Quiero elevarme... elevarme á tanta altura, que mi cabeza domine á todas las demas... Quiero que mi mirada sea una órden... que todo se someta á mi capricho!...

Los convidados se habian ido animando por grados... Parecia que despertaban de un sueño.....

Entretanto la voz de Cármen vibraba sonora y clara.

—Tú quieres ser hombre y muger á la vez... dijo Duchesnel.

—Lamas amada de las mugeres, respondió Cármen, en un transporte de entusiasmo,—y el mas poderoso de los hombres!...

Duchesnel se levantó bruscamente.

—Basta de locura, exclamó;—hablemos una vez en razon!... Tú estás mas borracha que nosotros, hermosa niña!... O tienes el diablo en el cuerpo, ó te juzgas hechicera!...

—No, respondió friamente Cármen;—pero soy rica, y poseo un secreto...

—¡Es rica! dijo Roby.—Ella nos prestará dinero!... es una gran señora... Lo hubiera apostado!

Denisart se aproximó con aire galante y cariñoso.

Josepin, y Duchesnel mismo á pesar de la perturbación de su mente, sintieron todo el efecto de aquella palabra mágica,—soy rica.

Duchesnel miró á Cármen de reojo.

—Madama, repuso él tomando á su vez un aire ceremonioso y cortés, que contrastaba bastante con la brutalidad de sus últimas palabras;—vos nos conocéis á todos... La partida no es igual y... si tuviérais á bien mostrarnos vuestro rostro...

Y terminó su frase con una cortesía casi respetuosa, recordando sin duda que Cármen le habia rechazado de un modo bien enérgico poco antes, cuando habia querido violar el secreto de su disfraz; pero Cármen habia cambiado sin duda de parecer, y comenzó á desatar los cordones de su careta...

Abrieron los convidados sus ojos... esperaban ver alguna cosa extraordinaria. Lomavilloso hace muy pronto efecto en una cabeza inflamada por el alcohol. Todos creían, como Roby, tenérselas que haber con un capricho de gran señora, en aquel momento, en que solo ocupaban su imaginacion nombres

de princesas, que se ajitaban en sus labios entreabiertos por la impaciencia...

Cármén se quitó la máscara.

Hubo entonces un momento de estupefacción profunda... Un disgusto general se manifestó en todos los semblantes.

Duchesnel sacudió su vaso sobre la mesa, pronunciando una blasfemia con un movimiento de rabia.

Josepin encogió los hombros con desprecio; Durandin le imitó, y Denisart se alejó de allí con su bol de ponche.

Solo Roby tomó la cosa alegremente.

—Bien representado, hermosa niña! gritó este último, aplaudiendo con pies y manos;—escelente chasco de carnaval!... Bravo! bravísimo!..... Lo mas bravísimo del mundo!...

—Cármén! pronunció desdeñosamente Josepin.

—La muchacha que baila por un cuarto en la plazuela del Temple!... dijo Denisart, el amigo del pueblo.

Duchesnel estaba sonrojado, y tartamudeaba de cólera.

Cármén guardaba silencio. Estaba inmóvil y con la cabeza erguida; su frente pálida coronada con el adorno de sus cabellos negros, tenía una especie de aureola de arrogancia

poderosa y tranquila. Había cruzado los brazos sobre el pecho. Estaba grave y seria, pero en sus hermosos labios aparecía de vez en cuando una expresión imperceptible que parecía un reto...

Dominaba desde tan alto á la embriaguez embrutecida y despechugada que la rodeaba, que hubiera podido tomársela por un sér de esencia superior, extraviado entre el inmundo fango de una orgia terrestre.

Qué importa la verdad, al lado de las apariencias? una alma grande, pura y valerosa se reflejaba en aquella mirada arrogante...

Fijábase aquella mirada alternativamente en cada uno de los convidados... A todos iba dominando poco á poco la influencia irresistible... la parte de inteligencia que les quedaba ya, se oscurecía y aniquilaba ante aquella otra inteligencia dominante, ante aquella voluntad superior.

Duchesnel bajó los ojos lanzando un gemido de rabia... El solo luchaba allí contra el misterioso poder de aquella muger; pero luchaba en vano, y su inútil esfuerzo solo servía para hacerle sentir las angustias de la derrota...

Después de algunos instantes de silencio, Carmen dejó su puesto junto á la mesa, y,

haciendo girar la silla de Denisart,

—Levantaos vos, dijo.

Denisart se levantó.

Cármén arrojó la silla vacía, y colocó un pié sobre el extremo de una de las tablas del piso. Esta tabla que habia servido de apoyo al asiento de Denisart, se hundió ligeramente bajo el pié de Cármén... Esta sintió un estremecimiento, que reprimió al instante; despues dejó ver una sonrisa.

—La muchacha que baila por un cuarto en la plazuela del Temple!... repitió ella lentamente; esa soy yo!... esa era yo!... Ayer me habeis visto vosotros allí... pero no penseis en verme mañana!... Mañana!... continuó bajando la voz;—mañana... quién sabe el nombre orgulloso que reemplazará al de la pobre bailarina?... Mañana... una vida nueva!... Vosotros despertareis de vuestra embriaguez... yo... de mi desgraciada oscuridad... Mañana vosotros... sereis mis esclavos!

—Tus esclavos!... gritó Duchesnel.

—Mis esclavos! repitió Cármén;—tú, el primero y el mas sumiso... Ah! vosotros esperábais hallar alguna mejor que Cármén bajo su careta... ¿Y quién de vosotros me comprende lo bastante para atreverse á juzgarme? Leon Duchesnel, tú me has vendido el

pensamiento de tu pacto; retrocedes ya ante el cumplimiento de tu obra?...

—Yo no habia visto vuestro semblante, respondió Duchesnel;—retiro mi palabra.

—Tienes razon, repuso Cármen;—así como así, tu palabra no es nada para mí... como la de tus compañeros de orgia... No os he prevenido ya, que era preciso entre nosotros un vinculo de hierro?...

A medida que Cármen hablaba, su voz resonaba cada vez mas sorda y amenazante. Sus cejas se iban frunciendo poco á poco, hasta el punto de llenar de profundas arrugas su frente poco antes tan pura y tranquila. Una llama sombría brillaba bajo sus negras pestañas caídas; su pecho palpítaba ajitado; y su pié derecho apretaba la tabla que rechinaba estremeada.

La embriaguez de los otros no habia disminuido de intensidad, pero habia cambiado de carácter: la fiebre dejaba su lugar á la torpeza y á la modorra.

Durandin estaba casi dormido: Josepin poco menos, y Roby con los pies sobre la mesa cantaba entre dientes fijos los ojos en el suelo.

Por el contrario, Denisart y Duchesnel seguian con inquietud todos los movimientos de Cármen.

Tenia miedo Denisart sin saber por qué. Duchesnel, menos borracho, y mas impresionable ademas habia sentido, desde la llegada de Carmen, el poder oculto y como magnético de aquella beldad, cuya belleza causaba terror.

En aquel momento, la mirada de Carmen, fija sobre él, le tenia inmóvil y le helaba hasta el corazon...

Despues de un instante de reflexion, dijo ella con ese tono sencillo y claro que se emplea siempre para referir una hisioria:

—Un hombre ha llegado hoy mismo de América. El doctor Josepin (este aplicó el oido) ha consignado la venida de este hombre en una carta escrita esta tarde á las tres, carta cuyas palabras serán de mucha significacion en los tribunales en el dia de la justicia.

—Cómo!... murmuró Josepin.

Cármén le impuso silencio con una seña.

—Esta misma noche, continuó ella, cinco máscaras han bajado á la cueva del Salvage. Estas cinco máscaras, han recorrido los *boulevards* en carruaje, de modo que sus nombres estarán escritos á estas horas en el libro negro de la policia.

Nada de esto tenia relacion con lo que acababa de pasar poco antes. Si aquel exordio contenia una amenaza, era una amenaza vaga,

que debía pasar desapercibida al fin de una bacanal... Mas por un efecto inesplicable, aquel exordio, disipó como por encanto los vapores del ponche.—Roby cesó de cantar, y se puso serio: Josepin temblaba: Duchesnel estaba pálido, y Denisart miraba de reojo á la puerta, como buscando el momento de escapar.

Cármén hizo una pausa y continuó.

—En la cueva, los cinco máscaras ya borrachos, han armado contienda con el americano; le han herido....

—Como se golpea en carnaval... dijo Duchesnel.

—Le han herido, continuó Cármén.

—Ligeramente; estamos seguros! murmuró Josepin.

—Le han muerto! concluyó Cármén en voz mas baja.

Hubo un momento de estupor y de angustia.

—Eso es falso! balbuceó Duchesnel.

—Es falso! gritaron á la vez los otros cuatro.

Cármén levantó enteramente la tabla con el pié.

Apareció una concavidad negra: y en medio del silencio general, pudo escucharse distintamente, el refunfuño monótono y sordo.

que hemos hablado antes, y que acompañaba los golpes periódicos que resonaban en la parte interior de los maderos.

Cármén tomó la luz, que iluminó á plomo aquella concavidad, en cuyo fondo aparecía la faz lívida del muerto.

Josepin cayó de rodillas; Denisart quiso ganar la puerta, mas la mano de Cármén le hizo retroceder vacilante al medio de la habitación. Duchesnel estaba tan lívido como el cadáver.

—Muger! muger! exclamó este con voz ronca,—tú eres quien le ha asesinado!

Cármén se inclinó sobre el hoyo, y llevó su mano hácia el pecho del cadáver. Cuando se volvió á levantar, brillaba en su mano cerrada el puñal con mango de oro, que habia servido de cuchillo á la escamadora de Duchesnel.

El asesinato se ha cometido con un puñal, dijo ella continuando su relacion con una frialdad espantosa;—en el mango de este puñal están grabadas las armas y la cifra de la Marquesa Farnesi,—la criatura mas loca de los estados del Papa...

Duchesnel apretaba su pecho con ambas manos. Sus cabellos estaban herizados sobre frente.

—La cueva del Salvage estaba llena de gen-

te, prosiguió Cármen;—hay cien testigos del asesinato...

—Piedad! tartamudeó Duchesnel cayendo de rodillas, como Josepin.

Los demas siguieron su ejemplo.

Aquella acusacion tan terrible como probable, desplomándose sobre ellos, en medio de las tinieblas de su espíritu, les arrojaba convictos sobre el suelo.

Estaban todos cinco de rodillas al rededor de la fosa;—todos cinco pálidos, y agoviados por el remordimiento y el terror!

La embriaguez que aun bullia confusamente dentro de sus cabezas, obstruia ese sin fin de ingeniosos caminos por los que el espíritu del hombre llega siempre á la duda, aun á vista de las pruebas mas concluyentes... cedian... su inteligencia postrada, no tenia fuerzas para la reaccion.

Aparecia Cármen delante de ellos bella y tranquila. Su arrogancia soberana, hacia resaltar mas y mas la humildad angustiosa de los demas.

—Piedad! repitió Duchesnel;—nos sometemos á vuestro poder.

—Si exigís un juramento..... añadió Josepin.

Cármen bajó la mano y señalando el cadáver.

—Este hombre se llamaba Jaime Western; dijo;—vosotros le habeis asesinado la noche del martes gordo de 1826... Nada de juramentos entre nosotros!... este nombre y esta fecha son suficientes... Desventurado de aquel que intente romperle!...

Al acabar Cármen estas palabras, dichas con energía, el murmullo monótono cesó, al mismo tiempo que el ruido del martillo.

La mano de Cármen estaba aun estendida hácia el cadáver.

El piso rechinó entonces... Despues se vió al cadáver hundirse lentamente, y desaparecer en seguida, dejando una cavidad negra y vacía...

Los cinco amigos, pasando del terror á una especie de parasismo, echáronse atrás horro-
rizados, y cubriéndose el rostro con las ma-
nos.

Cármen permaneció inmóvil; pero sus párpados se estremecieron, y una mortal palidez cubrió sus mejillas.

Resonó entonces en el hoyo vacío, y muy cerca de su abertura, aquella exclamación gutural que Cármen habia oído algunas horas antes en el corredor, en el momento mismo que intentaba ocultar bajo las tablas el cuerpo de su delito.

FIN DEL PRÓLOGO.

PRIMERA PARTE.

LA GRANDE OPERA.

El Marais.

El *Marais* es considerado por los habitantes de las provincias, y un gran número de los de París, como un barrio exclusivamente ridiculo. Se ha hecho mofa del *Marais*!... Aquel es un arrabal de porteros, de cen-

sualistas, de empleados en la Casa-Monedas ó en el Monte de Piedad, de tenderillos honrados, aunque largos de uñas, de mercaderes de vino, retirados, y en una palabra, de toda esa porcion de la sociedad que nuestro siglo clasifica bajo la fulminante denominacion de *especiero* (epiciers.) De treinta años á esta parte, los vaudevillistas y novelistas, han exprimido su pobre caletre para hilvanar contra el pobre *Marais* cuatro docenas de chistes manidos y trasnochados. Ahí está, sobre todo, ese intrépido batallon de *escribidores*, cuyo especial terreno es la novela popular, llamada sin duda así, porque se mofa descaradamente del pueblo, enseñándole un curso de francés macarrónico, el francés de los barrios bajos. Ese alegre rebaño se encarniza contra el *Marais*; le despedaza palmo á palmo, para mayor satisfaccion de las *grisetas* del resto de la ciudad; y le viste y le pinta tan bien y tan á su gusto, que no hay cochero de simon que al entrar por la calle de San Luis, no se compare orgullosamente, á sí y á sus rocines con los *estúpidos* vecinos del barrio que le rodea.

Pobre y noble *Marais*! y es á la *elegante Chaussée-d'Antin* á quien te sacrifican de este modo!...

Esos vulgares escritores solo han visto las severas grietas de tus antiguos paredones, y la yerba que crece á lo largo de tus desiértas calles... Se han estremecido al contemplar tu silencio solemne. Te han maldecido, porque, para avivar sus imaginaciones valadis, necesitan ruido, muchedumbre, pilluelos que griten, mozuelas descaradas que murmuren, gas, asfalto, cigarros, y ese blanco horizonte de casas nuevas, estrechos asilos de un lujo mezquino y de una ruin magnificencia.

Oh! ciertamente los *estaminets* (1) próximos á la *Opera* tienen mas luz y mas cristales que las pobres casucas de la calle de San Antonio. El café de Paris no tiene rival en la otra parte del *Temple*, y los almacenes de la calle de *Mont-Blanc* presentan mas magnificencia que las tiendas de la ribera del Sena....

Pero dejando á un lado estas cosas, que no podemos menos de tomar en cuenta, ¿por quién queda la victoria? Se querrá com-

(1) Con esta palabra se denominan en Paris ciertos sitios que hay en los cafés y en otros establecimientos, y adonde se retiran á fumar los concurrentes (*N. del T.*)

parar á *Saint-Merry* ó *Saint-Paul* con esa caja de estuco iluminado, con esa garambaina de mal gusto; que bajo el nombre de *Notre-Dame-de-Lorette*, es todavía el lugar aplazado para las citas de los enamorados del arrabal *Montmartre*?... A no ser por mofa, habrá quien ose colocar el mas bello, el menos ridiculo de esos tamborcillos de guijarro labrado, que rodean la plazuela de Gand, al lado, por ejemplo, del grandioso palacio de los segundones de Rohan?...

No tratamos aqui de pronunciarnos en pró ni en contra de un órden de ideas sociales... hablamos sólo de lo que atañe á la elegancia y al arte. Por otra parte, los dos barrios son igualmente aristocráticos. El uno conquistó hace siglos sus títulos de nobleza; el otro tiene buen dinero sonante para pagar los suyos, y colocar lo mejor que puede sobre sus hombros novicios algun retazo antiguo del manto de los grandes señores. Ambos tienen sus patronos; patronos de que se honran respectivamente. *La Chaussée-d'Antin* inscribe los suyos en la Guia del Comercio; el *Marais* esculpe en el frontis de sus palacios los escudos de Borbon, Lorena, Rohan, Albret, Bretaña... Ambos tienen sus monumentos... Mas decidnos, quién ha edificado esas casas descoloridas del barrio de

San Jorge?—Nosotros lo ignoramos. Solo sabemos que fue necesario el genio de Feliberto Delorme para elevar en la calle *Culture-Sainte-Catherine* ese bellissimo palacio de *Carnavalet*, en cuya fachada tiene Juan Goujon algunas de sus maravillosas cariatidas; Feliberto Delorme, el autor de la portada de San Gervasio, que se asemeja bien poco al pórtico bastardo del Templo-Carcel de la calle de Chauchat.

Fuerza es decirlo: nosotros preferimos el palacio de Angulema á la casa de M. Rothschild. Este es sin duda un pésimo gusto.

Hemos contemplado algunas veces con éxtasis el armonioso recinto de la plaza Real, ese noble y gentil palacio que ya no visita la corte de Francia, pero que no está desnudo enteramente de Magestad, desde que un poeta le ha hecho su *Louvre* (1).

Salid de aquel centro, y encaminaos al acaso por cualquiera parte, y siempre hallareis al *arte* en vuestro camino.

Aqui está la morada de Sully; mas lejos, á la espalda del Arsenal, ved la grande obra de Levau, el palacio Lambert, en el que el

(1) Sin duda este poeta es Victor Hugo, que habita en la Plaza Real, núm. 9. (*N. del T.*)

autor de los *Misterios de París* ha colocado la escena de una bellísima novela; mirad al otro lado las casas señoriales edificadas por los dos Mansard, el palacio de *Humieres*, y ese otro palacio en miniatura que hizo para sí Mansard sobrino, en la calle de *Tournelles*. Y tantos otros, cuyos nombres llenarian infinidad de páginas!...

Después, Bernin, de Wailly, Peironnet, Rousseau, añadirán también su piedra al edificio. Todos nuestros arquitectos, puede decirse que han puesto manos á la obra para elevar á la gloria antigua ese inmenso monumento histórico, sobre el que resvalan impotentes los ultrages de la ignorancia.

Y los pintores! Se sabrá dentro de cincuenta años el nombre de los vidrieros que decoran al último precio los salones del Consejo de Hacienda? Alli Rosso y Primatrice, diseñaron hace algunos siglos, alrededor de salas y galerías largas guirnalda de Ninfas cazadoras; y Jordaens prodigó en puertas y ventanas los ricos colores de Rubens, su maestro. En diferentes épocas van Huysum, Espaendonck, Robert, Oudry han pintado alli sus bellos ramilletes, sus faisanes de encantadoras plumas, sus frutas maduras, que parecen salirse en relieve fuera de los cuadros. Simon Ronet ha decorado aquellas paredes. Los re-

tratos son de Rigaud. Vandermeulen ha pintado las batallas. Los techos son de Mignard, Lebrun y Lesueur.

Lesueur! el gran pintor parisiense, que jamás vió á Roma, que debió todas sus inspiraciones al cielo de la patria! Una sola casa del barrio de San Luis, este anejo del *Marais*, confundido con él en el desprecio general, el palacio Pimodam, cuya historia nos ha ofrecido recientemente una pluma chistosa y querida del mundo elegante, guarda en su recinto, lleno todavía de recuerdos de Richelieu y de Lauzun, casi tantas obras de Lesueur como el Louvre.

Y los escultores! No os habeis sonreído de lástima al ver esos pedestales de yeso de donde sale, perfectamente peinada, una cabeza de page ó de *señora* que *adornan* todas las fachadas nuevas que presumen de distincion? Pasad del *bulevard*. Bajad una vez, dichosos ciudadanos del barrio de San Lázaro, bajad hasta esas calles perdidas que rodean las cercanías de la Bastilla. Encontrareis, en lugar de vuestros mezquinos medallones, balcones de hermosa forma, sostenidos por esclavos de Germano Pilon; escudos cuyos sustentáculos ejercitaron el cincel de Augier, cariatidas de Goujou y de Milón. En los jardines, encontraréis en medio de un cuadro de césped

una estatua de Puget sobre un pedestal carcomido por el musgo, un grupo de Coustou el antiguo, tazones áticos trazados en mármol, por Miguel Boudin...

— Todo eso es muy antiguo!... Ah! si; es verdad... pero será que sintais vosotros haber nacido ayer?... Además, vosotros os dais á conocer por vuestra afición á las antiguallas. Algunos de vuestros albañiles, ¿no han hecho ventanas ojivales, ofreciendo á la admiración entusiasta de los tenderos de la calle de los Mártires, sus casucas convertidas en catedrales góticas? Qué diremos de todo esto? Habeis adorado la edad media! Abandonando vuestra gorra de nútria, habeis llevado en la cabeza el casquete de Buridan, con su color y forma peculiares. Hemos visto vuestros escudos, adornados Dios sabe de qué modo!... Os hemos visto buscar la novedad en los ilegibles caracteres del Renacimiento! No os oponéis á que se os haga duques el dia menos pensando... y apostamos á que vuestros salones están rodeados de esos sitiales regordetes, que inventó, *espresamente para vuestras señorías*, el tapicero de Madama la Marquesa de Pompadour.

Pues bien! el Marais tiene tambien sus épocas. Pertenece á la edad de Marot, pero tambien á la de Voltaire. Watteau y Boucher es-

tán allí, junto al antiguo Clonet; al lado de Juan Goujou, encontrareis á Goysevox, Couston el jóven y Girardou.

Aun queda el paisaje. Nos mostrais con orgullo á Montmartre, vuestra amada colina, madre fecunda de ese yeso que es vuestro único granito, vuestro mármol, vuestro pórfido. Desde Montmartre, con ayuda de un lente, se domina á París, á todo París... Esto es encantador!

Dirigios con nosotros por cualquiera de esos estrechos caminos, bautizados hace quinientos años, que conducen desde la calle de San Antonio hacia la ribera entre el mallo de Henrique IV y el *Puente-María*. Nos hallamos sobre el pretil de *Saint-Paul*. Un inmenso horizonte se abre de pronto á nuestros ojos... estamos inundados de luz... Qué bello es aquel paisaje!... qué seductora perspectiva!... A la izquierda se divisa, sobre el rio, el Arsenal, obra régia, en que Sully (y confesamos que esto ya no está en moda) economizaba el dinero de la Francia. Sus dependencias, irregularmente agrupadas, tocan por un lado con el antiguo convento de los Celestinos, como para darnos una idea material de la vida de otros tiempos, de los tiempos en que se hallaba siempre al soldado junto al sacerdote. Enfrente de nosotros, hácia la isla *Louviers*

se estiende la espesa verdura del *Jardin de las plantas*, flanqueado á un lado y otro por las pias murallas de dos hospitales. Por una feliz casualidad, las casas apiñadas del barrio de San Luis nos ocultan las barracas, simétricamente alineadas, del mercado del vino, y hacen girar nuestros ojos hasta la cúpula armoniosa del *Valle de Gracia*, cuya cruz brilla a lo lejos afrentando el cimborio desnudo del Pantheon. Al occidente se presenta una escultura gigantesca, que parece como el branque de ese inmenso buque, llamado la Cité. Es *Nuestra Señora* con su confuso bosque de botareles, en cuyo centro se elevan las dos torres gemelas, prez y orgullo del antiguo Paris. Despues, y mas allá del airoso perfil de la *Casa Municipal* están los agudos minaretes del *Palacio de Justicia*, y aquella línea inmensa de pretils cerrada por el muro de las Tullerías... Allí teneis cómodas ace-
 ras, galerias de cristales y numerosos reverberos de gas. Disfrutad de estos beneficios, pero no escarnezcáis mas á un anciano que duerme sobre los laureles de su gloria, que ya está oscurecida. Era tan bello en otro tiempo, en los primeros dias de su juventud! Vosotros sois elegantes, á la manera de los figurines de la moda que diseñan los sastres: sed al menos caritativos y dignaos mirar sin mofa

lo que resta del glorioso esplendor de lo pasado.

Anúdase de nuevo el hilo de nuestra historia en uno de esos palacios del *Marais*, contemporáneos de la Liga. Su fachada, de dos pisos cubiertos por tejados escarpados, daba á la calle *Culture de Sainte Catherine*, de la que estaba separada por una plazuela cerrada. El ala derecha daba vuelta á la calle de *Frans-Bourgeois*, de manera que el torreoncillo aconchado, cuyo relieve salía fuera del ángulo exterior miraba al antiguo terreno de Santa Catalina del Valle. El ala izquierda, destinada en otro tiempo á las cocheras y cabaillerizas, dejaba detrás las casas construidas sobre el solar del convento de los hermanos Azules. A espaldas del cuerpo principal del edificio se estendia un jardín irregular que tocaba con la calle *Paiénne*. Era un edificio de apariencia severa. Una escalinata de diez gradas conducía al porton principal abierto en un vestíbulo enlosado de mármol blanco y violeta, en forma de tablero de damas. Este vestíbulo tenia en su parte superior una claravoya con cristales que daba luz á las estatuas de la escalera y á los caprichosos relieves de su barandal de hierro. Sobre cada una de las gradas se veía un jarron perfectamente cincelado: en.

los días de gloria del *Marais*, cada uno de estos jarrones, lleno de flores, hubiera embalsamado con sus perfumes la entrada de los brillantes salones del festin. Ahora no habia ya flores en aquellos jarrones. A uno y otro lado de las espaciosas mesetas se veian las dos hojas de un porton cubierto de riquisimas molduras. Pero al lado de aquella puerta, lo mismo que á la entrada del vestibulo, no habia ya lacayos con librea. Todo estaba inmóvil, desierto, silencioso. La yerba crecia entre el enlosado del patio, formando al rededor de cada losa un cuadro de verdura. A través de las vidrieras de la fachada, se distinguia la oscura madera de las ventanas, completamente cerradas.

El exterior de aquel edificio era muy triste. El transeunte no veia mas que una puerta, siempre cerrada, sobre la que se columbraban todavia los restos confusos de un escudo y de sus soportes. El ojo esperto de un heraldo hubiera distinguido, á pesar de los ultrajes del martillo de 93, los timbres bien conocidos de una familia ilustre, y cuyo escudo pende hoy de una columna de la sala de las Cruzadas; pero la mirada indiferente del profano se deslizaba sobre aquellos emblemas olvidados, sin pararse á descifrar las letras góticas de la divisa con su grito caballeresco. «*Dios lo quiere*

Maillepré.»

Este era en efecto el palacio Maillepré, el gran palacio, porque reinando Luis XV, Raul, duque de Maillepré, habia hecho construir una nueva morada en el arrabal de *Saint-Honoré*.

El duque de Compans-Maillepré, par de Francia y señor de gran valimiento en la corte, era entonces el propietario de este palacio, lo mismo que de todos los bienes de la rama primogénita.

La mayor parte de sus vastas habitaciones estaban desocupadas. Un solo inquilino ocupaba el cuerpo principal del edificio. Era este un extranjero, un inglés probablemente, M. Williams, que tenia consigo dos criados y un viejo á quien se creia su padre.

Estos cuatro personajes hacian una vida muy retirada. Nunca se veia al viejo, que solamente de tiempo en tiempo tomaba el aire bajo el impenetrable follage del jardin.

Los dos criados, de aspecto decoroso y honrado, no tenian con el conserje del palacio mas que las relaciones puramente indispensables.

Siempre se mostraban reservados, discretos y taciturnos.

Mr. Williams, en fin, salia alguna vez, pero jamás recibia á nadie.

Algunas veces se oían detrás de las maderas cerradas de las altas ventanas, gritos furiosos ó lamentables; pero duraban tan poco, que antes que los vecinos tuvieran tiempo de moverse, todo volvía al mismo silencio.

Algunos suponían que al arrendar el palacio el administrador de Mr. de Compans-Maillepré á Mr. Williams, había estipulado este que su escritura se rompería el día en que otro inquilino participase con él de las habitaciones, de que él no ocupaba sin embargo mas que una pequeñísima parte.

Había sin duda allí dentro alguna cosa extraña. Los vecinos suponían, aunque vagamente, un misterio detrás de aquellas negras y silenciosas paredes.

Pero si el misterio existía, el espíritu curioso y algo provincial de la gente de los alrededores no alcanzaba á penetrarle.

El mismo conserje, cuya habitación medio oculta de un rincón del patio, conservaba siempre su puerta cuidadosamente cerrada, tenía un aspecto tan frío que parecía á propósito para desalentar á los curiosos.

Era este un hombre de cincuenta años de talla atlética; sus cabellos canos, largos y descuidados, descansaban sobre una chaqueta de aldeano breton. Su mirada era firme, pero triste. Un fisonomista hubiera encontrado la

bondad en su ancho rostro cruzado de líneas enérgicas encontradas, pero sus vecinos no veían en él más que sus pobladas cejas y la salvaje longitud de su cabellera. Ocupaba solo su habitación, donde se dedicaba todo el día y parte de la noche al oficio de cerrajero. Llamábase Juan María Biot.

Todos los días, por mañana y tarde, Biot se ausentaba durante una hora. El Auvernés del rincón, ocupaba su puesto todo este tiempo mediante una retribución.

No es necesario decir que este Auvernés era, por este solo hecho, el punto de mira de todas las curiosidades del barrio. Pero, aun dejando aparte la discreción que es proverbial en los honrados hijos de la Auvernia, el montañés tenía sus razones para callar; no sabía nada. Lo único que podía decir, era, que todos los días Juan María Biot dejaba su vivienda á la misma hora, con una puntualidad severa, y se dirigía invariablemente al mismo sitio.

Era este sitio el ala derecha del palacio, que no había entrado en el convenio hecho entre M. Williams y el administrador del Duque de Compañs-Maillepré, y de la que se había podido por consiguiente alquilar una parte á otras personas.

Un año antes habían visto pararse, á boca

de noche, un fiacre antiguo, á la puerta cochera del palacio. Este fiacre conducia una señora estenuada por la edad, y que parecia personificar el último periodo de la vejez. Una jóven de veinte y dos años, hermosa, aunque pálida y como petrificada, estaba á su lado.

Biot habia ayudado á bajarse á la jóven y conducido en sus brazos á la anciana señora hasta las habitaciones del ala derecha.

Tambien conducia el fiacre un jóven de facciones admirablemente nobles, pero fatigadas y marchitas, y una niña de diez y seis años, de rostro angelical, y cuya encantadora sonrisa dulcificaba tan solo el carácter sombrío de aquella llegada silenciosa y muda.

Desde entonces, no se habia vuelto á ver ni á la vieja, ni á la mayor de las jóvenes. Ellas habian entrado en el palacio. Le habian dejado de noche ó estaban en él aun? No se sabia.

La mas jóven de las dos hermanas y el bello mancebo salian todas las mañanas y volvian por la noche. Parecian estar miserables. El joven llevaba una blusa azul de artesano; la linda niña vestia el trage de una hija del pueblo, á quien la afrenta no ha enriquecido.

Solo Biot sabia el nombre de esta familia. Solamente para verla dejaba su habitacion.

De modo, que entre estas pobres gentes, así como entre el rico inglés y la curiosidad pública, mediaba un espeso velo...

Y la inmensa morada parecía muerta. El aliento de sus huéspedes misteriosos no era bastante para reanimar su vasta soledad. Sus grandes paredes se elevaban heladas y sombrías sobre dos calles silenciosas. Esto era hermoso, pero de una hermosura triste y sombría, que helaba el corazón.



La abuela.

La maciza puerta del palacio de Maillepré giraba rechinando sobre sus goznes uno de los días del mes de Noviembre de 1833, como á las cinco de la tarde. El jóven que habitaba el ala derecha, volviendo á su hora acostumbrada, acababa de sacudir el pesado aldabon que había retumbado con eco grave y lento sobre su chapa de hierro. Su hermana le acompañaba.

Luego que hubieron traspuesto el umbral, asiéronse entrambos de la mano y dirigieron-se á la habitacion del portero á cuyos vidrios dió el jóven un golpecito con los dedos. Iban

vestidos con un traje harto modesto.

El llevaba como hemos dicho, una blusa azul ceñida á la cintura y una gorra de paño; y ella un vestidito de percal con un pañuelo de lana y una papalina con cintas azules.

Indudablemente eran un artesano y una *griseta*.

Se hubiera podido ver á Juan Maria Biot, que sentado en un taburete, estaba ocupado en formar una reja, con unas gruesas barras de hierro que él manejaba con la misma facilidad que si fuesen alambre.

A la señal del recien llegado, dejó Juan Maria su ocupacion, quitándose respetuosamente su gorro de lana.

—Ya voy, señor Marqués, dijo.

El jóven y su hermana no habian esperado esta respuesta, y atravesando el patio, siempre asidos de la mano, subian en aquel momento la escalera del ala derecha.

Salió Biot de su habitacion con una cesta en la mano y asomó su cabeza á la puerta cochera que estaba sin cerrar. Entonces dió un silbido. Un hombre, vestido con el ancho ropon de los lacayos, levantóse del umbral de la taberna inmediata, acudiendo in continenti á aquella seña.

La puerta cochera se cerró de nuevo rechinando sobre sus goznes.

El lacayo entró en la habitacion sin decir palabra, y Biot se dirigió á su vez hácia el ala derecha.

En el único piso de aquella ala del edificio, y á la izquierda de la escalera, se encontraba un pequeño apartado compuesto de tres piezas, en la primera de las cuales solo habia una silla de paja y un cuadro. La segunda, aunque de aspecto pobre, aparecia mas arreglada; habia en ella una cama, con cortinas blancas como la nieve, un velador de madera barnizada, algunas sillas, un crucifijo y un espejo. Este era el cuarto de la *griseta*. En el otro habitaba el artesano. Luego que llegaron al dintel que separaba sus respectivas habitaciones, el jóven dió á su hermana un beso en la frente y ambos se despidieron con una sonrisa, cruzando una mirada llena de amor.

Cuando la puerta se cerró entre ellos, ambos quedaron inmóviles en el mismo sitio, como si sus corazones se hallasen arrastrados el uno hácia el otro. Pero la espresion de sus semblantes habia cambiado. El artesano inclinó su cabeza con desfallecimiento: la pobre niña dejó de sonreir, y una lágrima se deslizó por las largas pestañas de sus ojos azules.

—Pobre Gaston!... murmuró ella.

—Pobre Santa! dijo el obrero, cuyos ojos grandes y hundidos no tenían lágrimas que verter...

Resonaron entonces unos pasos lentos en la escalera; Gaston abrió.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

...L'obituaire de l'abbaye de Saint-André
de la ville de Bourges, par M. de la Roche
Lafosse, évêque de Bourges, &c.

LA BIBLIOTHÈQUE





